

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento Antropología, Historia y Humanidades

Convocatoria 2021 - 2023

Tesis para obtener el título de Maestría en Antropología

¿YO ANDABA ENTRE LA PIEDRA VOLCÁNICA Y LA PAMPA? LA ACTIVIDAD
CINEGÉTICA EN LA ISLA ISABELA, GALÁPAGOS

Coque Matheus Genesis Arantxa

Asesora: Cuvi José Nicolás

Lectores: Uzendoski Benson Michael Arthur, Uribe Taborda Saúl Fernando

Quito, 5 de noviembre de 2024

Dedicatoria

A mi padre, cuyos relatos siempre han logrado maravillarme.

Epígrafe

Everything in this world is eater or eaten.

The ten principal Upanishads, Shree Purohit Swami, and W.B. Yeats

Índice de Contenidos

Agradecimientos	6
Resumen	8
Introducción	9
El lugar de los relatos	13
Una perspectiva personal	17
Capítulo 1. El Estado moderno y la conservación	20
1.1. Teoría sobre el Estado	21
1.2. El Estado: un fetiche	23
1.3. Un ordenamiento administrativo de la sociedad y la naturaleza	26
1.3.1. Un bosque ordenado	29
1.3.2. La naturaleza preservada y conceptualizada	31
1.4. La invención del Parque Nacional	33
1.5. Parque Nacional Galápagos: un edén, una utopía, un laboratorio	36
1.5.1 Entre la ciencia y la estética	39
Capítulo 2. Cazadores: una tradición antropológica	42
2.1. Un interlocutor valioso	43
2.2. La caza: ¿una forma de vida o de aproximación?	47
2.3. Los cazadores, sus animales y la naturaleza	51
Capítulo 3. “Yo cazaba en la pampa”: la práctica cinegética en Isabela - Galápagos	55
3.1. Reses, chanchos, chivos y trillos	56
3.2. “Eso está prohibido”	65
3.3. Los funcionarios y la asociación	69
Conclusiones	74
Referencias	78

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Génesis Arantxa Coque Matheus, autora de la tesis titulada “Yo andaba entre la piedra volcánica y la pampa: La actividad cinegética en la isla Isabela, Galápagos” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Antropología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, 5 de noviembre de 2024



Firmado electrónicamente por
GENESIS ARANTXA
COQUE MATHEUS

Génesis Arantxa Coque Matheus

Agradecimientos

Cuando pienso en este apartado me abrumo un poco ante la tarea de escoger a un par de personas por nombre y apellido a las que les agradezco por su apoyo y presencia. Se me hace una labor injusta, puesto que no creo poder terminar de enumerar a las personas que han estado para mí durante los dos últimos años y que, de una u otra forma, han contribuido a que el día de hoy pueda estar sentada redactando esta tesis. Mis compañeras de maestría, mis profesores y sus comentarios, aquellos con los que compartí en la residencia FLACSO. Cada una de estas personas no solo me brindaron un atisbo de la lucidez extraordinaria que los caracteriza y aprecio tanto, sino que también me involucraron con toda la calidez humana que les fue posible. Gracias infinitas a todos ustedes, no saben lo mucho que significó para mí el tiempo que me dedicaron, las risas compartidas y los ánimos que me dieron.

No obstante, ya que me he embarcado en este ejercicio, para mí es imprescindible remarcar la contribución de dos personas particulares sin las que esta investigación no hubiera surgido: mi padre, José Coque y mi tío, Lincoln Moscoso. Espero que sepan que nunca voy a cansarme de escucharlos, de atender a las sobremesas tan características de nuestra familia y de reírme cada vez que están en desacuerdo. Fue gracias a uno de sus relatos que me enteré de la tradición cinegética de la isla. Nunca olvidaré todo el apoyo que me dieron, todos los recuerdos que me narraron. Fueron una base sólida en la que me pude erguir durante esta incursión que fue caótica pero infinitamente satisfactoria. Quiero agradecer también a mi tía Esther y a mi prima Nathaly, las dos mujeres que me acompañaron emocionalmente en los momentos más complejos de mi trabajo de campo. Gracias por ser la prueba fehaciente de que la delicadeza y amabilidad son componentes clave de la fortaleza espiritual.

Así mismo, no puedo dejar de agradecer a mis queridos interlocutores, a Don Humberto particularmente por haberme abierto las puertas cuando pensé que todo estaba perdido. Y a Pablo Ramiro, quien paso horas conmigo contándome sobre la isla y alimentándome con fruta de su huerta sin ningún reparo. A mi hermana Michelle que siempre cree en mí, incluso cuando yo misma no doy un centavo. Estoy aquí gracias a que naciste, gracias a que existes. Y finalmente le doy gracias a Jaime, quien fue parte de mi historia por seis años, que decidió garantizar mi ingreso a este programa sabiendo que lo necesitaba y me acompañó en una de las fases más

conflictiva de esta tesis. Te agradezco por intentar empujarme y estar, incluso cuando no sabias como.

Resumen

Dentro del Parque Nacional Galápagos no solo existen las especies endémicas y nativas del archipiélago que con tanto afán se busca preservar. También deambulan, por sus caminos y trillos, cazadores y especies ferales que desafían la narrativa hegemónica de las islas como un lugar de naturaleza prístina sin injerencia humana. Es bajo este marco que se explorará, a través de los relatos de seis cazadores y varios lugareños la relación que estos tienen con el paisaje isleño que habitan, sus presas y el PNG.

Los componentes teóricos de esta tesis se dividen en dos partes. Una discusión sobre el Estado, que busca definir su presencia y ausencia, en el marco de un ordenamiento de la naturaleza que busca evitar el contacto entre especies endémicas y nativas con otras que son vistas como perjudiciales para su desarrollo natural. Y otra, que expone la contribución antropológica conceptual de la cacería en la actualidad y muestra como esta práctica que previamente había sido considerada como una forma de vida responde a otro tipo de demandas, sin perder por completo sus componentes simbólicos y narrativos. Acercando a sus habitantes a los paisajes de la isla que habitan.

Uno de los resultados clave de esta tesis es la evidencia de que las personas que practican cacería no tienen una relación únicamente utilitaria con el paisaje y las presas. La rememoración de sus experiencias, al igual que la repetición de relatos, denota una adscripción al lugar que no es comprendida en su totalidad por la estructura del Estado. Así mismo los funcionarios del PNG, quienes en sentido práctico son los representantes del Estado en este proyecto político de conservación, mantienen una relación compleja y llena de matices con los cazadores; particularmente por las relaciones de amistad y parentesco. Un elemento que los lleva a mantener una constante negociación sobre los términos en los que se ejerce el control y la vigilancia estatal.

Introducción

La isla Isabela es el lugar de origen de mi padre, un lugar al que yo también llamo hogar, a pesar de no haberla habitado hace mucho tiempo. La mayor parte de mi vida, de hecho, la he pasado en el Ecuador continental entre sus dos ciudades más grandes: Quito y Guayaquil. Sin embargo, de las imágenes más claras que tengo de mi niñez son los veranos en Puerto Villamil. Los kilómetros de arena blanca plagados por cangrejos fantasma, que luego desaparecieron y no han vuelto más, los mangles a los cuales me trepaba en el estero para lanzarme al agua helada espantando sin querer a los pelicanos. Las caminatas al volcán bajo el sol canicular con su cambio abrupto de escenario y los días entre fincas viendo vacas, chanchos y - si mi familia decidía adentrarse en el camino un poco más - tortugas galápagos andando lentamente.

Mi cariño por el lugar, por sus paisajes, ha sido una constante durante mi vida. Uno que mi familia ha cultivado, y que crecí escuchando, en la mesa mientras rememoraban su infancia y adolescencia insular. Mi interés y afecto, sin embargo, se transformaron en curiosidad académica cuando en una reunión familiar reciente, se mencionó la existencia de cazadores en la isla. Una práctica que aún no ha desaparecido y, de hecho, aún se realiza dentro del territorio del Parque Nacional Galápagos (PNG). La historia que narraron, plagada de memorias sobre lugares que ya no existen, se volvió más intrigante para mí cuando me afirmaron que muchos de los individuos que practicaban la actividad previo a la fundación del PNG terminaron por ser claves para el establecimiento de este. Su actividad cinegética, el deambular sin rumbo fijo, pero con el objetivo de una presa, les había permitido explorar la isla de una manera particular. Atrapar chivos, chanchos y ganado arisco se había convertido en una actividad característica de los lugareños; una que les había otorgado un conocimiento situado particular y utilitario para los esfuerzos iniciales del PNG.

Esta relación inicial, sin embargo, no debería hacerme creer que la relación entre los cazadores y el PNG estaba libre de asperezas, me dijeron en la mesa de comedor durante este primer intercambio. Sobre todo, si se tomaba en cuenta la conexión que existía entre los individuos que practicaban cacería y el faenamiento de una de las especies más emblemáticas de las islas Galápagos, las tortugas gigantes. La conversación, que inicialmente había sido casual, devino en una acalorada discusión que se zanjó con mi padre manifestando tajantemente que él no

condonaba a ‘come tortugas’ en la casa, luego de un discurso bastante grandilocuente sobre la importancia de la conservación de las islas. No quise involucrarme en la disputa, una que se disparó tan abruptamente que me tomó por sorpresa, sin embargo, esa fue la chispa que me inspiró a escoger la caza en la isla como tema de investigación. Esta polémica inicial, fue un augurio de lo conflictivo que mi trabajo de campo iba a ser meses después. Una animosidad que inicialmente subestimé, a pesar de que tenía algún grado de entendimiento en torno a la complejidad de la figura del cazador en Isabela. Y que se me revelarían con toda claridad gracias a una nota periodística publicada en agosto del 2022. Esta publicación, de título bastante incendiario, denunciaba no solo la caza del animal más icónico del archipiélago sino su extinción a causa de “la matanza de la que son objeto por unos pocos isleños inconscientes” (Zurita 2022). Un evento que, afirmaba el texto, es conocido y en ciertas instancias facilitado, por el Parque Nacional Galápagos. La retórica utilizada en el resto del artículo sigue esta misma línea acusatoria, una que no es extraña sobre todo tomando en cuenta la posición narrativa que las islas Galápagos ocupan a nivel global.

Y es que al final de cuentas, estas se encuentran envueltas en un misticismo narrativo particular, uno que ubica al archipiélago como un elemento trascendente en el viaje de Darwin que desencadenó la teoría de la evolución. Y es esta designación, la que las termina ubicando como un símbolo del conocimiento científico a los ojos de la mayoría, e indiscutiblemente marca la aproximación a estas islas ubicadas en el océano Pacífico como edén evolutivo, paraíso natural y laboratorio de Darwin. Denominaciones, que no solo revelan guiños bastante explícitos de una escisión entre sociedad y naturaleza; sino que también denotan una herencia retórica que tomó años en madurar para transmitir la urgencia de unos pocos que demandaban la conservación de las islas Galápagos. Este trabajo narrativo posicionado a partir de voces oficiales internacionales, así como las del Estado, que se han visto imbuidas por un halo de autoridad. Una retórica que, así mismo, le ha prestado componentes al discurso científico para acallar cualquier protesta sobre las formas particulares de ejercer la conservación en las islas Galápagos. La necesidad de conservar y reestablecer la naturaleza prístina del archipiélago se vuelve entonces incuestionable, al grado en que bajo ciertas circunstancias llega a poner en discusión la habitabilidad de la isla por parte de los humanos (Hennessy 2019).

Y es en este marco que el artículo de Sebastián Zurita sale a la luz con legitimidad casi incuestionable y sostiene que la causa número uno de la extinción de las tortugas galápagos es la

caza furtiva de la que son objeto, una caza realizada por humanos que han habitado la isla por mucho tiempo (Zurita 2022). Poco importa que no se haya realizado un estudio comparativo entre los distintos factores que afectan la supervivencia de los reptiles hace años, su aseveración de que el consumo de carne de galápagos es lo que empuja la extinción de la especie es lo que resalta e importa en el texto, lo que queda en cada lector de la nota. Y es lo que terminó causando un revuelo significativo en la isla por meses después de su publicación, que además fue replicada por medios internacionales como la BBC. El archipiélago de Darwin, una de sus tantas denominaciones populares, estaba en peligro. Una de sus especies endémicas, la que condujo al científico inglés a una de las teorías más importantes de la ciencia contemporánea, se encuentra amenazada por gente que ignoraba su importancia. Tal es la retórica usada para condenar lo que acontecía con las tortugas, una que así mismo reivindica indirectamente la necesidad de conservar la flora y fauna de las Galápagos por su valor como símbolo de la ciencia y el progreso (Bocci 2020).

Las investigaciones estatales y las declaraciones de condena ante la situación no se hicieron esperar, se abrieron procesos administrativos y fiscales en contra de funcionarios y ciudadanos asociados a la actividad cinegética. La publicación había puesto especial énfasis en el involucramiento institucional, la “matanza” solo era posible por la falta de acción del estado y la complicidad de funcionarios corruptos. Se publicaron nombres y apellidos de cazadores conocidos, interlocutores con los que previamente había conversado para realizar mi investigación e incluso habíamos sopesado la posibilidad de acompañarlos en sus viajes de cacería. Pero de repente, esta perspectiva brillante y emocionante del campo se vino abajo. Los cambios in situ no son aislados, en textos sobre metodología etnográfica siempre se menciona que aquello planteado y planificado durante la fase inicial muy rara vez se trasmite a la realidad (Guber 2012; Blanco 2012; Ingold 2017). Y, sin embargo, me encontré completamente desalentada y perdida ante la negativa de mis interlocutores de hablar conmigo. No querían más problemas y aunque la investigación oficial no había implicado a nadie, y más bien se había comprobado que el periodista había alterado información oficial, no creían que valiera la pena el riesgo y la posibilidad de que lo que yo estuviera haciendo fuera, en realidad, una continuación de lo que argumentaba el artículo del portal de noticias.

El acercamiento a mi investigación tuvo que cambiar. Pasado el shock inicial, provocado por la suspicacia con la que me recibieron muchas de las personas con las que previamente había

pactado encuentros, me enfrente a un panorama que no dejaba cabida a duda sobre las tensiones que la figura del cazador tenía en las islas. Así como también era evidente el papel estatal, encarnado por el Parque Nacional Galápagos, dentro de la retórica y problemática con la que se caracterizaba la actividad cinegética dentro de las islas. Una que, en este caso particular, se había vuelto en contra de ellos al señalar a sus funcionarios como cómplices de una actividad declarada como perversa.

En función a ello, decidí plantear los siguientes objetivos de investigación para guiar mi paso por el campo:

Objetivo General

- Analizar la relación que mantienen los cazadores de la Isla Isabela con su entorno natural, sus presas y el Parque Nacional Galápagos.

Objetivos Específicos

- Indagar el relacionamiento de los cazadores con el paisaje natural y sus presas.
- Explorar las tensiones relacionales existentes entre los cazadores y funcionarios del Parque Nacional Galápagos.

Las alteraciones que tuve que realizar, no obstante, no se limitaron a este plano únicamente. Dada la innegable presencia física y discursiva del PNG, la posición del Estado en el plano teórico y metodológico no podía ser ignorado. Una revisión sobre su posición y construcción, particularmente en términos de su presencia y ausencia eran necesarias; sobre todo en el marco del último conflicto entre cazadores y PNG. La legibilidad y capacidad de control-vigilancia del territorio se puso en duda durante mi estadía en el campo. El hecho de que se hubiera encontrado un número significativo de tortugas faenadas dentro de la zona protegida decía mucho sobre los puntos ciegos que el estado aún tiene sobre el archipiélago. Una realización que incomodó a la institución y abrió la puerta a una conversación sobre tecnologías más eficaces de vigilancia.

Esta discusión sobre el Estado inevitablemente llevó a una revisión sobre el modelo de Parque Nacional, una forma de administración de zonas naturales que busca restaurarlas y mantenerlas lo más prístinas posibles. Este modelo, instaurado en las Galápagos, se empeña en mantener un ordenamiento de la naturaleza que habilita una lectura particular de la flora y la fauna (Nash 1970). Uno que aspira evitar el contacto entre especies endémicas y nativas con otras a las que

no se les considera como propias del paisaje protegido. Y si bien, esta revisión teórica es pertinente, buscar un equilibrio que no redujera las herramientas conceptuales a un análisis únicamente sobre el Estado también lo era. Particularmente porque se evidenció, que incluso en las mecanismos de legibilidad del Parque Nacional se encuentran instauradas denominaciones propias de los lugareños. Los nombres de los lugares, así como el reconocimiento de personajes como Arnaldo Tupiza, Pedro Cartagena y Jacinto Gordillo como significativos en los esfuerzos iniciales de la actividad conservacionista en la isla Isabela denotan una influencia que va más allá de una dinámica local. Una que guarda una conexión directa con un saber cinegético y que por lo tanto también requiere una atención teórica propia que explore sus componentes retóricos y simbólicos, así como la evolución y adaptación de la cacería en la actualidad.

La práctica cinegética tiene una relación estrecha con el campo antropológico, una que durante mucho tiempo estuvo catalogada como una forma de vida. En las islas Galápagos, mis interlocutores se suscribían a esta línea de pensamiento cada vez que había cualquier cuestionamiento en torno a porque continuaban practicando esta actividad. Y es que a pesar de que las circunstancias han cambiado, la cacería aún puede ser catalogada como una forma de vida que, sin embargo, en muchos casos ya no responde a una necesidad alimenticia sino a otras demandas menos materiales. Unas que deben ser entendidas si lo que se busca es comprender la intersección que se forma entre el estado y sus políticas conservacionistas dentro del archipiélago; con las conceptualizaciones que los cazadores formulan tanto sobre su práctica como de los paisajes donde la practican. Es, por ello, que decidí no solo hacer una revisión teórica sobre el estado, sino que también realicé una que revisitara la tradición cinegética en todas sus complejidades.

El lugar de los relatos

Al haber perdido a gran parte de mis interlocutores tuve que improvisar y cambiar de dirección. Esta apertura que, por su puesto, me costó encontrar; me condujo hacia los únicos cazadores que me abrieron las puertas sin mucho reparo: aquellos que hace mucho tiempo ya no practicaban la actividad. Uno de los primeros sujetos que habló conmigo fue Don Humberto Girón¹. Con 89 años, sus épocas cinegéticas habían quedado en su pasado, pero disfrutaba conversar sobre ellas. Rememorar y narrar sus viajes, así como las anécdotas que circulaban entre los cazadores, era en

¹ Nombre protegido.

la actualidad su actividad predilecta. Y la practicaba con quien sea que estuviera dispuesto a escucharlo. Esta nueva aproximación, me permitió valorar no solo el lugar de los relatos en la interpretación de la realidad social, sino también en la posición que los cazadores más veteranos ocupan en la construcción narrativa de la actividad y del paisaje en el que toma lugar. Una que busca reivindicar su legado, así como su forma particular de adscripción y aprecio al entorno natural de las Galápagos.

Las conversaciones mantenidas evidenciaron una versión alternativa al discurso de las islas como símbolo de las contribuciones científicas. Uno que dejaba a un lado la producción territorial del archipiélago como un laboratorio natural, discurso utilizado mayoritariamente por voces oficiales como la de Julian Huxley, uno de los primeros impulsores de las políticas de conservación en las islas. Los cazadores con los que hablé, personas que llevaban habitando por décadas la isla Isabela, sostenían un relato distinto sobre sus paisajes, sus animales y plantas. Recordaban, desde una óptica menos rimbombante, como sus vidas estaban entrelazadas con el mismo paisaje que funcionarios y turistas reverenciaban por razones que a veces no les hacían mucho sentido. Y que en algunos casos calificaron como discriminatorios cuando se planteaba la idea de las islas como un lugar que solo debería dar cabida a la investigación científica, el turismo ocasional y el control estatal a favor de la conservación (Bocci 2020) .

Los relatos de Don Humberto al igual que los de Álvaro Cartagena²², el segundo interlocutor con el que establecí rapport, me hicieron caer en cuenta sobre lo invaluable que son las fuentes orales. El recordar y relatar una anécdota transmite no solo una lectura de un proceso personal y/o social, sino que también es una interpretación valiosa del contexto en el cual los hechos cobran sentido. Recordar y narrar es un ejercicio de búsqueda de sentido, de las diferentes etapas de la existencia tanto colectiva como individual (Pujadas 2000). Si las ciencias sociales acceden a una realidad preinterpretada por parte de los sujetos; registrar los relatos y anécdotas de los viajes de los cazadores de la isla Isabela, para tratar de acceder a sus relacionamientos con el paisaje, sus presas y el estado no es del todo descabellado. Escuchar sobre las técnicas de cacería, inquirir sobre las presas que más recuerdan, preguntar sobre sus lugares de caza predilectos; así como los problemas que enfrentan a causa de su actividad con el PNG me permitió registrar aquello que los sujetos consideran como su relato. Una cotidianidad narrada

²² Seudónimo.

que hace frente al relato hegemónico que los describe como seres inconscientes de la belleza escénica y ecosistémica del archipiélago.

Durante mi estadía de 4 meses en Puerto Villamil, mantuve contacto con 5 cazadores distintos de manera consistente. Ellos, poco a poco, me fueron contando sobre lo que ellos consideran es el origen de su práctica en la isla. A través de entrevistas semi estructuradas, pero también de conversaciones informales, me permitieron registrar las técnicas y anécdotas propias de su actividad actual. Gradualmente, se corrió la voz sobre mis conversaciones con Don Humberto y Álvaro. Lo que dio paso a que más cazadores se sumaran y me permitiera enriquecer la aproximación a través de una polifonía de voces. Así me enteré, por ejemplo, como el uso de vetas de cuero de vaca ya no se usaba para trampear, sino que ahora utilizaban sogas. También escuche como ciertas historias se repetían, y como ciertos personajes se habían convertido en leyendas para ellos. Las historias y las experiencias contadas me permitieron observar cómo los sujetos, si bien tienen como base un relato colectivo, también actualizan las reglas impartidas y resignifican las narrativas a su conveniencia (Guber 2012).

Muchos de los cazadores actuales han crecido escuchando las historias de sus abuelos, tíos y padres antes de si quiera plantearse ir a cazar. La escucha de estas historias fue remarcada por aquellos que las recibieron, mostrando tristeza y a veces molestia sobre el hecho de que muchos lugares en los que sus antecesores habían estado se habían perdido. Las relaciones con su práctica, así como los lugares en las que esta toma lugar, inicia mucho antes de su exposición directa a la caza. A través de los relatos sobre viajes y caminos, sobre los enfrentamientos de sus padres con distintos animales ferales se va dando paso a visitas, caminatas y realización de tareas in situ. Un proceso que los lleva a relacionarse con estos lugares y seres de una manera en la que no solo toman algo material y físico, sino del que reciben también memorias y afectos. Es a partir de esto que su práctica parecía configurarse, y que su propia narrativa también lo hacía; pero esta vez agregándose a ellos mismos como protagonistas, como si de una continuación del relato se tratara. Es por ello, que parte de la aproximación metodológica de esta investigación fue una apertura particular a este tipo de conocimiento enunciado que se presentó también como uno en constante formación, además de ser profundamente local (Ingold 2015).

Una de las particularidades que tomé en cuenta al trabajar con los recuerdos y relatos de sujetos que practican una actividad tan profundamente corporal como es la caza; fue advertir que además

de trabajar con una narrativa, también estaba trabajando con un performance. Las historias que se me transmitieron, así como las opiniones y reflexiones, no estaban inherentemente fijas y terminadas, sino que en el mismo proceso de enunciación estaban siendo formuladas (Portelli s/f). Mis interlocutores, además, nunca dejaron de tener en cuenta y guardar reserva sobre mi posición a pesar de la posterior apertura que me brindaron. No era solo yo la que estaba registrando e interpretando lo que ellos decían, el mismo ejercicio estaba siendo realizado por parte de ellos cuidando lo que decían, particularmente cuando hablaban del PNG como institución. Percibir esta mirada, me permitió no solo ser reflexiva en torno a mi posicionamiento y el de ellos, sino también respecto a lo que decían o no en mi presencia. Durante nuestras conversaciones jamás se tocó el tema del reportaje, por ejemplo, y tampoco hablaron de su involucramiento en el faenamiento de tortugas galápagos.

No obstante, si hablaron sobre su relación con el Parque Nacional Galápagos y el deseo que había de trabajar con ellos desde antes del incidente, mostrando explícitamente el disgusto que tenían con la institución por su reserva y posterior negativa. La posición de cautela y distancia por parte de los funcionarios y representantes del PNG también se mantuvo. Postura que, así mismo, pude presenciar y registrar al haber pedido acceso a los registros del parque sobre caza. Mi presencia en la oficina técnica de Isabela tuvo como objetivo contrastar no solo las versiones y posiciones de los cazadores, sino también verificar ciertos hechos que me habían sido narrados por parte de los cazadores sobre su involucramiento en procesos del PNG. Una vez sorteados los requerimientos burocráticos, los funcionarios mostraron suficiente apertura para que yo pueda confirmar que las narraciones en torno a personajes como Pedro Cartagena, Arnaldo Tupiza y Jacinto Gordillo eran factualmente confiables. Y, lo que es más importante, me permitieron advertir que había una diferencia sutil pero lo suficientemente clara entre el funcionario que ejerce su trabajo y el estado que formula e impone los lineamientos de conservación. El celo inicial con el que se me recibió, casi lo percibí como malintencionado y en un principio lo atribuí a los sucesos previos con el periodista. Pero posterior a una llamada telefónica, me di cuenta de que respondía más al deseo de dictar los términos del conocimiento y dejar en claro que; a no ser que me adhiriera a sus maneras era bastante sencillo que retuvieran información, muy a pesar de que estuviese catalogada como pública (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015).

La voz de los funcionarios, por supuesto, ha contribuido en gran medida a esbozar la complejidad existente en el relacionamiento que mantienen con los cazadores. Si bien el relato

fundacional sobre el archipiélago está presente en sus discursos, también se filtran otras formas de consideración no solo con estos sujetos que practican la cinegética; sino también con estos animales que, de acuerdo con la versión oficial, no son más que especies introducidas invasoras. Esta apertura, expresada en las narrativas que tanto los cazadores como los funcionarios sostuvieron frente a mí –aquellos que practicaban la cinegética también hacían una diferenciación durante sus comunicaciones en las que siempre hablaban del parque como separado del funcionario– me llevó a decidir que la aproximación etnográfica debía resaltar esta particularidad. Después de todo, una de las fortalezas de los discursos orales son la expresividad con los que son comunicados. Una etnografía no debe basarse solamente en la comprensión del investigador, sino en el diálogo mantenido entre interlocutores como parte integral del estudio (Dickens 1994).

Una perspectiva personal

Dentro de mis múltiples consideraciones y cuestionamientos durante el campo, uno de los más insistentes fue sobre mi posicionamiento racional y objetivo sobre él. Uno de los consejos más recurrentes de mi asesor de tesis fue sobre la vigilancia epistemológica que debía mantener debido a mi cercanía con el campo. Tener que admitir mi posición como investigadora, residente permanente de las islas y miembro de una familia que lleva tres generaciones habitándolas sin disociarme de ninguna de ellas; ha sido uno de los primeros pasos realizados para transparentar los intereses y motivos de mi investigación. Así como la manera en la que, por medio del diálogo, hemos generado conocimiento con mis interlocutores. Aceptar que mi contribución y lectura de las relaciones dentro de este contexto social particular no totalizan el entramado global de la sociedad galapagueña y sus distintos actores, ha sido otra manera de contestarme a mí misma sobre mi posicionamiento.

El ejercicio de reflexividad y humildad, que he tenido que hacer durante esta investigación, me ha llevado no solo a la realización de que cada uno de nosotros solo puede hablar a través de la mediación del contexto social inmediato al que pertenece y los grupos limitados a los que tenemos acceso. Sino, también, de que hay validez científica en realizar una investigación que conecta lo personal con lo cultural (Ellis y Boschner 1996). Mis propios relatos y memorias me habilitaron a conversar con mis interlocutores sobre los lugares en común que hemos visitado, así como de las distintas aproximaciones que tenemos sobre ellos. Tuve acceso a sus referencias

locales debido a que estoy familiarizada con algunas de ellas, a la vez que me hizo comprender lo poco que conozco verdaderamente de las zonas por fuera del límite urbano-rural.

Esta toma de consciencia sobre lo que se y lo que no, así como de mi adscripción al lugar por lazos de sangre, me ha llevado a querer producir un texto basado en la premisa de que los etnógrafos no pueden situarse por encima y por fuera de lo que estudian. Lo que producimos nunca puede estar por fuera de lo que somos, los mismos procesos de producción e investigación hacen que una representación transparente sea imposible. Se que muchas personas pueden mostrarse reacias a este tipo de aproximación puesto que han sido educadas para considerar la subjetividad humana como una amenaza para la racionalidad. Sin embargo, sostengo que es necesario apreciar que hay una diferencia entre crear algo a partir de una investigación no tradicional – con una investigadora nativa, a partir de recuerdos y relatos de ciertos personajes que pueden ser considerados como controversiales– e inventarlo. Abrirnos a otras maneras metodológicas y paradigmáticas “no elimina la responsabilidad de tratar de ser fieles a nuestras experiencias en el campo” (Ellis y Boschner 1996, 1:22).

Mi aproximación a este fue realizada tomando en cuenta todas estas situaciones, y buscando siempre comprobar los hechos como factualmente confiables. Sin embargo, mi énfasis no estuvo en eso sino en las formas en las que los relatos caracterizaron la actividad, así como el relacionamiento que tienen con sus presas, paisaje, funcionarios y estado. Fue una búsqueda que trató de comprender, y dentro del texto producido transmitir, el lugar y el significado de la caza en la vida de mis interlocutores. La etnografía, después de todo, es una actividad que busca registrar los patrones de la experiencia cultural. Es una forma de representación que ofrece una perspectiva particular sobre la vida y que es construida a partir de relatos realistas, confesionales o impresionistas; y que en la mayoría de los casos combina los tres en un mismo trabajo (Dickens 1994, 13). Ser plenamente conscientes de esta construcción nos permite explorar las potencialidades narrativas del género. Al fin y al cabo, puede resultar útil apropiarnos de ciertos recursos literarios, sobre todo si lo que queremos es subrayar la presencia de más voces y la contribución que han hecho a la investigación planteada. Son los significados que los sujetos le dan a las cosas lo que nos interesa y; escribir sobre esto no solo lo hacemos con fines de análisis académico; también lo hacemos con propósitos de crítica, intervención e incluso inspiración (Ellis y Boschner 1996).

La etnografía aquí presentada, responde por lo tanto a este acercamiento, uno que quiere dejar en claro el componente dialógico presentando las voces de aquellos que quisieron hablar conmigo de manera explícita pero responsable. Una de las medidas usadas, por ejemplo, son el uso de seudónimos dentro del texto. Esta decisión se tomó en respuesta al contexto en el que se produjo la investigación. A pesar de que ninguno de mis interlocutores se encuentra en un proceso judicial, la opción de no usar sus nombres reales les otorgó mayor confianza en que los objetivos de esta investigación no eran precisamente amarillistas ni condenatorios a sus prácticas. Los datos obtenidos, son presentados irremediabilmente por mi voz narradora. A pesar del inevitable ejercicio de filtración, espero poder transmitir aquello que mis interlocutores expresaron sin muchas descontextualizaciones de mi parte. Particularmente porque una de las preocupaciones más grandes de los cazadores es sobre la forma en que son aprehendidos, y si este texto puede o no terminar siendo objeto de una interpretación reduccionista de su actividad. Mi mayor deseo se alinea entonces con el de ellos, y es que espero que cualquier persona que lea esta tesis pueda llegar a sus propias conclusiones y sentires. Absorbiendo la complejidad que implica no solo habitar sino practicar la caza dentro de uno de los Parques Nacionales más famosos del mundo.

Capítulo 1. El Estado moderno y la conservación

Los cuestionamientos en torno al Estado, su construcción, así como la relación que mantenemos con él, datan de hace más de 100 años. El nacimiento de la sociología como una rama que intenta aprehenderlo, lo caracteriza como una estructura externa a la agencia social. Esta primera abstracción fija la separación entre lo político y lo social; una que persiste hasta el día de hoy (Poole y Das 2004). Sin embargo, a pesar de que el estudio de este concepto lleva captando la atención de diversas ramas, es una temática que continúa dándole vueltas a la misma pregunta sobre que en realidad lo conforma. El Estado puede considerarse como el objeto de la práctica y el análisis político, pero no queda del todo claro que es este exactamente. ¿Cuál es su naturaleza? ¿Dónde empieza y dónde termina? ¿Verdaderamente está tan separado de lo social, de las relaciones cotidianas, tal como lo apuntaron los primeros sociólogos?

La situación se complica cuando, en efecto, vemos como su existencia -objeto siempre de discusión- ha creado particiones materiales entre una naturaleza real y una sociedad construida. Ambas, ordenadas y reguladas por él (Krupa y Prieto 2015). La forma en que aprehendemos la naturaleza tiene un componente estatal enorme, uno que dicta los términos en que lo comprendemos y conservamos. La institucionalización de la preservación de la naturaleza empezó con el deseo de un ordenamiento funcional del bosque como recurso que luego devino en un modelo de administración que fijo parques nacionales alrededor del mundo. El Estado alemán creador de la primera aproximación, y luego el norteamericano con el modelo de parques se han transformado en los precursores de esta aproximación (Scott 2020). Una que no borra completamente los componentes culturales de la interpretación en torno al paisaje natural. Pero que sí genera un relato hegemónico en torno al que vale la pena revisar.

En los siguientes apartados se revisará como la teoría sobre el Estado, ha estado focalizada en su existencia y funcionamiento. Creando así su condición de inmaterialidad que nos atrapa en una espiral de admiración y disgusto. Una unidad que parece estar constituida por más que la suma de sus partes, dando pie a su construcción cultural de fetiche. Es así como en su ejercicio de ocultamiento y presencia, logra controlar y hacer inteligible a sus súbditos y entorno. Uno al que le impone una retórica particular que se impone como una realidad, transformándola y prestando legitimidad a la ciencia y tecnología para cimentarse.

1.1. Teoría sobre el Estado

La búsqueda por una teoría contemporánea del Estado es una tarea que involucra preconcepciones en torno al funcionamiento social y político. Una establecida desde el inicio de la sociología, como ya hemos mencionado. Sin embargo, existe variación en torno a la posición en la que estos elementos tienen, así como desde que lugar el investigador se posicionará para aprehenderlo. Mientras que la sociología política examina como la sociedad afecta y es afectada por el Estado; el marxismo se ha focalizado en la separación que el Estado tiene con la sociedad, es decir el grado de independencia que este tiene en sus relaciones con la sociedad civil (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015, 19). Las diferencias son claras, al igual que su tronco común: el Estado como ese *algo* político a parte de las estructuras y agencias sociales. Estén siendo estas encarnadas por conceptos diferenciales como clases sociales, capital, funciones o sistemas.

Esta indagación en torno a que en concreto es la presencia del Estado y donde se ubica se ha topado con resistencias contundentes a lo largo del camino. Cualquiera que haya querido realizar una investigación dentro de las organizaciones estatales se habrá topado con el celo burocrático que existe en torno a la información que manejan, así esté catalogada como pública. Las razones para la ubicación de estos obstáculos, que muchas veces se perciben como trabas malintencionadas, varían de justificación. Ya sea que apelen benévolamente al interés público, o a salvaguardar los intereses particulares de determinados funcionarios estatales, su versión atrevida. Sea cual sea la razón de este comportamiento engorroso, una cosa si queda clara: los impedimentos a la examinación del Estado, a este poder políticamente institucionalizado, esclarecen que parte integral de este poder es su habilidad de negar observación, retener información y dictar los términos del conocimiento (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015, 24).

Es así que, a pesar de las dificultades, el intento por aprehender el Estado continúa; considerándolo además, desde la posición de occidente, como un operador cultural universal (Poole y Das 2004). Sin embargo, antes de profundizar por esa vía hay que revisar como los sociólogos políticos han conceptualizado al Estado. Una de las primeras operaciones realizadas para definir al Estado ha sido reducirlo sociológicamente. Una acción que tuvo como consecuencia su inutilización teórica, volviéndolo intercambiable por el concepto de sistema de gobierno. La justificación para este movimiento, que fue más que nada estratégico, residió en que lo importante para su estudio no son las estructuras sino sus funciones. Un argumento que se solidificó cuando teóricos como Almond y Parsons apuntaron a que el carácter distintivo de lo

político estatal es procesal más que institucional. “El Estado es una práctica, no un aparato” (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015, 30) afirman, una enunciación difícil de rebatir.

El desafío, no obstante, se presentó en la aplicación empírica. El modelo generado para poner en práctica esta conceptualización fue absurdamente mecanicista, y en la fase analítica no logró demostrar la relación uno a uno modelada entre estructura y función. Otro elemento que ha generado ruido es que la mayor parte de investigaciones realizadas bajo esta aproximación teórica han sido sobre temáticas como cultura política, grupos de presión, partidos políticos y movimientos sociales. Lo que genera una pregunta en concreto: ¿Por qué tanta atención a la influencia que puede generar la base del sistema del gobierno, y no en las funciones que se encargan de la coordinación y despliegue de poder? Este cuestionamiento, en conjunto a la oscilación conceptual entre sistema de gobierno y Estado, extendió una bruma sobre la concepción funcionalista. (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015).

Con todo, la sociología política ha tenido una contribución en los estudios sobre el Estado. El creciente interés por la socialización política, una aproximación colateral, terminó evidenciando al Estado como un agente de legitimación. Sea que haya debate en torno a la sutilidad de la acción estatal como más coercitiva que legitimadora, esta aproximación si evidencia el proceso de legitimación/control que se debe llevar a cabo. Saca a la luz la existencia de una idea gestionada sobre el Estado y como esta habilita la sujeción de los sujetos, ya sea que este proceso de vinculación tenga origen en él o no. Gracias a este acercamiento vemos surgir al Estado como una cosa ideológica, este descubrimiento de que sólo la idea del Estado tiene una realidad política marcó un encuentro significativo entre el empirismo y una posible teoría del Estado. Un Estado como dispositivo que legitima el sometimiento, un Estado que se presenta a sí mismo como integrado y aislado. Uno que no revela realmente nada sobre su naturaleza, y cuyas funciones se pueden entender en términos de cohesión, moralidad y propósito. Como si de un mito estuviéramos hablando (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015, 36–38).

Es en esta ilación particular en la que converge la sociología política con el estudio de la corriente marxista. Para ellos, el Estado es percibido teóricamente como una no entidad. Una que, sin embargo, es real en tanto oculta como una máscara, el poder de clase. La ambigüedad con la que marcan el concepto es bastante clara: el Estado es una realidad y al mismo tiempo una completa ilusión. Pero, fuera de esta contradicción, hay que demarcar la diferencia que

sostuvieron frente a los sociólogos políticos cuando encuadran al Estado como una idea. Aquellos adscritos a la corriente marxista no se detienen en la forma y los medios por los cuales la idea del Estado se ha construido; más bien sostienen que la mera presencia de esta idea indica la existencia oculta de una estructura similar en naturaleza al Estado (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015).

Esta focalización en la estructura oculta es bastante curiosa, especialmente si volvemos la mirada a la ambivalencia previamente mencionada. El marxismo sostiene que el Estado es un objeto abstracto, uno que se descubre a sí mismo como la concentración política de las relaciones de clase. Al mismo tiempo que lo caracteriza como un agente real y concreto con voluntad, poder y actividad propia. Existe sin embargo una tensión latente entre la teorización y la práctica marxistas. Mientras que, para la teoría, el Estado es una combinación entre funciones ideológicas y coercitivas que son coordinadas por las relaciones de clase de las sociedades capitalistas; para la práctica marxista el Estado debe ser más concreto-realista en tanto es el objeto inmediato de la lucha política. A pesar de esta distancia, esta ambigüedad se ha resuelto generalmente con la aceptación, por parte del lado teórico, de que el Estado existe como una entidad, como una fuerza política que actúa organizadamente y por derecho propio. Al aceptar esto, el quid de la situación marxista se traslada a descifrar la relación entre la lucha de clases y las acciones de la fuerza que viene a ser el Estado (Abrams, Gupta, y Mitchell 2015, 42).

1.2.El Estado: un fetiche

Luego de esta recapitulación general, pero detallada, sobre el estudio del Estado a través del lente de la sociología política y del marxismo, es evidente que ha habido una extensa y problemática revisión para comprender que en concreto es el Estado. Y, sin embargo, sigue sin quedar clara su existencia y materialidad. Si aceptamos el presupuesto, postulado tanto por los sociólogos políticos como por los marxistas, del Estado como poder ideológico; entonces podríamos reconocer que uno de los efectos del Estado es la negación misma de los efectos del Estado. Esta proposición tiene un efecto penetrante y opaco dentro de las sociedades contemporáneas capitalistas, que proclama a lo político como la gran esfera de unificación social autónoma en la que las relaciones económicas están segregadas de las relaciones políticas. El espejismo, que termina generándose para aislar ambas esferas, es quizá aquello tan escurridizo que ha Estado escapando la mirada.

Y es a raíz de esta consideración particular que lo dicho por Radcliffe Brown resuena, tal vez porque siempre ha habido una premonición al respecto ¿Por qué el interés por descifrar al Estado? En realidad, no hay tal cosa. Lo que si existe es el “poder de individuos: reyes, primeros ministros, magistrados, policías, jefes de partidos y votantes”(Taussig 1995, 146). Y la fijación en él, la obsesión con el Estado es inútil, es una mera ficción. Una a la que él nos insta a no prestarle tanta atención. Como si el hecho de denunciarla como irreal borrara su impacto. Y el de su fantasmagórica presencia, de su idea. Entonces, ¿Estar obsesionados con el Estado es evidencia de nuestra sujeción? ¿Deberíamos, mejor, concentrarnos en la atracción evidente que despierta en sus súbditos siendo nosotros mismos, aquellos que investigamos sobre él, uno de ellos? Sea cual sea la teoría del Estado que se vaya a tener en cuenta para responder, es imprescindible remarcar la importancia de que esta tome en consideración la constitución del Estado a través de un complejo conjunto de representaciones y prácticas que se intersecan espacialmente (Taussig 1995).

Que exista esta presencia espacial no es una contraposición a la idea de que el Estado sea a la final una representación falsa colectiva. Después de todo esa es la definición base de un hecho social, uno que no está en la naturaleza y por ende no debe ser tratado como cosa. O por lo menos esa es la sugerencia de Durkheim (Durkheim 2001). Lo que sí creo que es trascendental en esta larga y continua discusión sobre el Estado es lo mucho que ha concentrado atención. El Estado no es algo que interese sólo a académicos, no es algo cuya presencia se defina en un espacio limitado, tampoco es algo que solo despierte discusiones racionales. El Estado es un tema que despierta fascinación, una predilección que raya en el fetichismo en tanto nos fijamos como su mención y presencia despierta disgusto también. Como si nos atrapara en una doble espiral de atracción y repulsión, que se encuentra insistentemente entrelazada (Taussig 1995).

Y es que el Estado, en algunas circunstancias, parecería que late. Que es una unidad orgánica, puesto que parecería ser más que la suma de sus partes; más que las instituciones y personas que lo constituyen. Un leviatán vivo, un dios mortal. Es esta constitución cultural del Estado la que nos revela su condición de fetiche. Uno imposible de ignorar cuando nos fijamos en la presencia particular que tiene cuando es enunciado, como un ser autónomo con voluntad y entendimiento. Apuntar a su condición de ficción, no cambia nada de esto. Ya que precisamente es lo que su posición como fetiche trata de apuntar: la existencia y realidad del poder político de esta ficción, su poderosa insustancialidad (Taussig 1995, 146). Es esta propiedad la que Abrams trataba de

denotar cuando llamó al Estado una máscara. Es su existencia la que vela nuestra mirada de la realidad política, es su presencia la que se reifica. Un hecho social, un constructo cultural simbólico que, a medida que progresa, se va divorciando de la práctica y adquiere su calidad de relato ilusorio alejado de esta. No obstante, no deja de ser relevante para ella, y más bien es esta representación la que más involucra al Estado en la construcción cultural de la realidad insinuando, al mismo tiempo, que esta realidad es engañosa.

Un dios mortal, uno que despierta reverencia y disgusto. Uno que nos atrapa en esta espiral porque nos engancha en su versión particular sobre el bien y el mal. Es el Estado mismo quien exhibe este bucle, el que nos atrae y nos hace rechazarlo al encarnar su propia versión estético-moralista de estos conceptos, que son además variables en el tiempo y propios de la estructura social del poder. Y que nos recuerda que, aquello que es sagrado no despierta reverencia únicamente por virtuoso, sino que guarda en sí mismo una dosis de horror. Este principio también se aplica en reverso, aquello clasificado como maligno, no es despreciado únicamente por perverso sino también por el respeto ceremonial que infunde. Es esta impureza de lo sagrado, este antagonismo fuertemente relacionado lo que guarda relevancia cuando se discute el Estado moderno y se trae a colación dos de sus elementos más clásicos: la violencia y la razón.

Ya lo dijo Weber, la parte fundamental del Estado es el monopolio del uso legítimo de la fuerza en un territorio determinado (Weber 1994). Un planteamiento difícil de rebatir, y que se cimenta completamente si añadimos la contribución de Hegel sobre las formas burocráticas como expresión estatal de la razón. Fuerza y razón. Una pareja evidente, no hay sorpresas en su unión. Empero, hay que focalizar la atención en ella, solo de esta manera aspiraremos tener una comprensión acertada de las prácticas culturales del Estado. Violencia y razón. Violencia legítima y racionalizada. Una relación que transforma a ambas partes en algo inquietante, no sólo porque vuelve a la violencia particularmente amenazante al ser respaldada por la razón, la forma de legitimación más eficaz que existe; sino porque también convierte a la razón en algo espeluznante. Y no únicamente por su asociación directa con el terror que despierta la violencia, necesitamos desesperadamente creer en ella como defensa al caos que nos acecha horripilantemente, puesto que este no responde a otro método (Foucault 2002).

Es aquí donde nos acercamos al núcleo del fetichismo del Estado y de su valor, políticamente hablando. Es esta interpenetración, este entrelazamiento entre violencia y razón, que nos

despierta un terror venerable, y que además nos hace preguntarnos quien recibe qué, que personas se ven afectadas por esta ficción y de que maneras. Porque existen jerarquizaciones, no hay distribución balanceada de violencia y razón para todos. Es esta misma relación la que no sólo disminuye los reclamos de la razón, sino que la transforma en ideología, máscara y efecto del poder. La que, en nuestro mundo secular, vuelve al Estado en nombre sacro, con énfasis en lo grandioso de la E mayúscula (Taussig 1995).

1.3.Un ordenamiento administrativo de la sociedad y la naturaleza

Queda claro, entonces, que el Estado, esta omnipresente entidad tiene poder discrecional, el monopolio del uso de la fuerza y la razón de su lado. Como el dios mortal que pretende ser, controla gran parte de la vida de aquellos que lo han levantado como leviatán. Para el Estado moderno, entonces, es la vida de sus súbditos la que tiene que ser preservada y por lo tanto controlada. Existe un relato griego tan antiguo como la polis; que habla sobre la nuda vida, la Zoé, la vida natural. No es la vida política de la que hemos hablado, ni tampoco la vida placentera o contemplativa. Es únicamente vida, la vida sagrada por el hecho de ser vida, la no diferenciada de otras formas de vida. Zoé. La que hay que proteger, la que no puede ser sacrificada; pero que, por situaciones de la vida, y en circunstancias particulares, no podemos culpar si alguien la remueve, la desaparece, la asesina. Es este surgimiento de la nuda vida como punto focal de las políticas administrativas, de controlarla, preservarla y, en ciertas circunstancias removerla, es lo que se vuelve característico de la acción estatal (Agamben 1998).

Para poder hacerla objeto de este control, es necesario hacer la vida humana, sus acciones y sus mismos cuerpos legibles. Así la nuda vida de las personas puede diferenciarse de otros seres vivientes. La legibilidad, entonces, pasa a ser un problema central de la política y nos lleva a la realización de que en muchos aspectos cruciales el Estado premoderno era parcialmente ciego; algo que tenía que remediar. Sabía considerablemente poco de sus súbditos, de sus propiedades y rendimientos, de su ubicación, riqueza e identidad. Los nómadas, cazadores, gitanos, esclavos fugitivos, vagabundos, itinerantes y personas sin hogar complicaban más las cosas; aún complican las cosas para el Estado. Eran y siguen siendo una espina clavada en el ojo de este. El Estado premoderno, sin embargo, carecía en ese entonces de algo parecido a un mapa detallado de su terreno y la gente que lo compone (Scott 2020).

Poco a poco, no obstante, el Estado logró controlar y hacer inteligible, bajo sus términos, a sus súbditos y su entorno mediante procesos tan dispares como la creación de apellidos, la estandarización de pesos y medidas y el establecimiento de estudios catastrales. Fue Foucault quien denotó como la vida natural, a través de estos procesos, empieza a ser incluida en los mecanismos y cálculos del poder estatal. Procesos en los que el poder mismo penetra en los cuerpos de los sujetos y sus formas de vida y, como, los primeros indicios de esto se evidencian en los registros de población, la estandarización del lenguaje y el discurso legal, la invención de la tenencia absoluta y el diseño de las ciudades por nombrar algunos de los comprensibles intentos por parte del Estado de simplificar y hacer legible a la sociedad. Biopolítica la llamó Michael Foucault, cuando la vida, el cuerpo viviente y su entorno se convierte en el objetivo de las estrategias políticas de la modernidad. Una modernidad biológica, una cuyo umbral se sitúa en la especie y el individuo. Es a partir de este cambio, afirma el autor, que en la historia aparece tanto la multiplicación de las posibilidades de las ciencias humanas y sociales, como la simultánea posibilidad de proteger la vida y autorizar su holocausto (Foucault 2001).

La naturaleza, el mundo natural, no es ninguna excepción a esta progresión. Si miramos de cerca, nos daremos cuenta de que la agricultura es, al final del día, una reorganización radical y simplificada de la flora que responde a los objetivos de la humanidad. Esta, en manos del Estado, se convierte en una poderosa herramienta de racionalización que posibilitó cálculos sobre el terreno, los productos de la tierra y la mano de obra que la mantenía. A través de las granjas colectivas, las aldeas agrícolas estratégicas, los diseños de plantaciones, la agricultura científica y la silvicultura ha contribuido a la legibilidad de cada componente, haciéndolos también más maleables. Estas simplificaciones realizadas para lograr una comprensión estatal, por si no era evidente, realmente no buscan representar la actividad real y actual de la sociedad o la naturaleza, esa no es su intención. Como mapas abreviados, lo que muestran es la porción de información que le interesaba al observador oficial (Scott 2020).

Con la legibilidad conquistada, que, por supuesto no fue una campaña sencilla ni tampoco rápida, la capacidad estatal aumentó e hizo posibles intervenciones discrecionales de una variedad considerable. Sean medidas de salubridad pública, vigilancia policial o alivio para los pobres, dependía y está en manos del Estado. Las tecnologías para hacerlo posible se fueron especializando y, a medida que esto sucede, se generan nuevas formas de conocimiento que, así mismo, sin un control disciplinario particular no sería posible que sean ejercidas ni legitimadas.

De cierta manera, la lectura de Agamben sobre Foucault guarda una clave interesante: el aporte original del poder soberano es la producción de un cuerpo biopolítico. Y al situar a la biopolítica como una producción así de antigua, no podemos ignorar que quizá lo que hace el Estado moderno es simplemente sacar a la luz el vínculo secreto que une el poder con la nuda vida. La vida biológica. La vida que no solo está latente en nosotros humanos, sino también en todo lo que nos rodea; pero que debe ser categorizada, separada, diferenciada (Agamben 1998, 16).

Por ello es interesante movilizar la atención de los modelos jurídico-institucionales hacia las formas concretas en que el poder estatal penetra en el cuerpo mismo de los sujetos, sus formas de vida y el entorno. Así no solo percibimos el ordenamiento de la sociedad y la naturaleza sino como este mismo proceso, que simplifica los cuerpos y el entorno, termina por rehacer gran parte de la realidad. Y como, de esta forma, un mapa catastral estatal creado para designar a los propietarios sujetos a impuestos no describe simplemente un sistema de tenencia de la tierra; crea tal sistema a través de su capacidad de dar a sus categorías fuerza de ley (Scott 2020, 3). La evidencia de cuanto la sociedad y el medio ambiente han sido remodelados por mapas estatales de legibilidad están por todos lados, lo que nos lleva a otra discusión en torno a este ordenamiento que se transforma y deja de ser meramente simplificador, para generar un esteticismo particular. Uno, que evidentemente, se alinea y presta legitimidad a la ciencia y a la tecnología para cimentarse.

Con la irrupción del progreso científico y técnico, se incubó también una confianza prácticamente ciega en lo que este promete. Una fe asociada íntimamente a las instituciones estatales, la expansión de la producción, la creciente satisfacción de las necesidades humanas, el dominio de la naturaleza y por encima de todo, el diseño racional del orden social acorde con la comprensión científica de las leyes naturales (Scott 2020, 4). Este diseño racional, guarda por supuesto, un componente estético que ha ido ganando espacio y se ha explicitado a partir de los modelos de ciudad racionalmente organizada, con sus calles, casas y caminos. O de los pueblos o granjas cuidadosamente estructurados, que responden a un esteticismo geométrico y reglamentario. Así la eficiencia técnica, el criterio racional, se convierte también en la bandera argumentativa de la estética.

1.3.1. Un bosque ordenado

De acuerdo con la revisión realizada por James Scott sobre la legibilidad que el estado busca tener de la naturaleza, el proceso administrativo para hacer esto posible empezó en Prusia durante los siglos XVII y XVIII. En esta época, conforme a lo expuesto por el autor, hubo una corriente de prácticas políticas que dio pie a una serie de ciencias llamadas camerales con una finalidad particular en el reino: reducir la gestión fiscal a principios científicos que permitieran una planificación sistemática. La silvicultura científica, se enmarcó en este objetivo, como una subdisciplina que permitió el manejo de bosques. Simplificando su interés primordial a un solo índice, podríamos decir que habilitó la lectura de este ecosistema a un rendimiento de los ingresos de la madera que podría extraerse anualmente. Por fuera de la visión estatal quedó la mayor parte de fauna excepto, por supuesto, las especies predilectas de la corona para cacería. Se ignoró, asimismo, el vasto y complejo uso social que los súbditos le daban al bosque tales como la pesca, la caza y recolección de alimentos, la fabricación de carbón y el pastoreo; así como la importancia que este tenía para los cultos, la magia o incluso como refugio para algunos (Scott 2020).

Estas prácticas locales de tenencia e interacción eran ilegibles para el Estado, demasiado complejas e inútiles en tanto solo respondían a lógicas locales. Todo aquello que no podía asimilarse a la red administrativa se eliminó y el bosque empezó a transformarse en una máquina de mercancías. El bosque alemán, antes lleno de flora, fauna y personas se convirtió en el ejemplo arquetípico perfecto de lo que significaba imponer una serie de constructos científicos cuidadosamente ordenados a la naturaleza inherentemente desordenada (Scott 2020). La complejidad y diversidad del bosque, su antigüedad y caos fueron cuidadosamente transformados en un bosque uniforme. Uno cuidadosamente talado, sembrado y plantado; uno más fácil de medir, contar y manipular por parte de los funcionarios estatales. La ciencia y la geometría forestal, respaldados por el poder estatal, lograron mutar el bosque a una realidad mucho más parecida a la red administrativa de sus técnicas. El bosque como hábitat desaparece y es remplazado por el bosque-recurso económico, haciendo coincidir así las lógicas fiscales y comerciales. Ambas focalizadas resueltamente en el resultado final, un resultado que bajo la perspectiva antropológica provocó que casi todo lo relacionado con la interacción humana con el bosque se perdiera bajo la visión de túnel del Estado (Scott 2020) .

Esta metamorfosis que la silvicultura científica provocó en el bosque es un cambio que ilustra bien el poder de la lógica burocrática y comercial. El uso de un nuevo vocabulario, de la unificación de términos y la desaparición de otros, denota claramente los intereses primordiales de sus usuarios humanos. El mero reemplazo de la designación naturaleza por el término de recursos naturales ilustra la reificación de esta como un objeto que puede ser apropiado para el uso humano. Bajo esta lógica, las plantas ya no son plantas, son cultivos. Las especies que desafían el crecimiento óptimo de estos cultivos se estigmatizan como malas hierbas, y los insectos que los ingieren ahora son plagas. Lo mismo sucede con la fauna, los animales valorados se convierten en ganado o caza; mientras que aquellos que compiten con el humano son designados como depredadores y si se aprovechan de ellos son plagas (Scott 2020).

Un modelo de gestión centralizado que prometía la maximización de un producto a largo plazo surgió a partir de este gran experimento germánico. Uno que como objetivo principal quería facilitar el manejo y la extracción de madera, y que rápidamente se convirtió en una estética poderosa al crear la imagen de un bosque bien gestionado, pulcro y regular en su apariencia. Este sistema empezó a ser replicado, poco a poco, en otros países y se fue filtrando en otras formas de administración de la naturaleza. Sin embargo, la historia de este modelo racional no tiene un final feliz, y es que los bosques cuidadosamente curados y sembrados no pudieron sostener una producción por más de dos ciclos. La importancia de la diversidad se hizo evidente, una que podemos usar como símbolo del porque un excesivo esquematismo no es la respuesta, puesto que ignora las características esenciales de cualquier orden social/natural real (Scott 2020).

Y la realidad es que el caso de los bosques alemanes ilustra perfectamente como cualquier proceso de producción – simplificando en demasía la posición social del bosque – depende de una serie de prácticas que difícilmente pueden codificarse. El esquema racional y formal del Estado es parasitario a estos otros procesos, unos que no podría crear ni mantener. Esta experiencia administrativa, sin embargo, no puede ser entendida únicamente como un experimento fiscal y comercial. Es también una muestra de cómo la relación con la naturaleza está atravesada por posturas políticas y epistémicas que van mutando a través del tiempo. La preservación de la naturaleza institucionalizada actual se deriva de esta experiencia, al igual que la enunciación más vocal del lugar que tiene el medio ambiente y sus paisajes dentro de la identidad nacional alemana (Scott 2020).

Y si bien hay que demarcar que la idea de parques paisajísticos no es directamente alemana, sino inglesa, la injerencia que el Estado puede tener en ellos, al igual que su manejo, si es germánico. Para los alemanes el entorno natural marcaba de forma indeleble el carácter nacional, era una característica y una expresión de la gente que lo habitaba y por ende a partir de esta experiencia, debía ser preservada. Esta creencia sin embargo no es particular a esta zona específica, existe para muchos un valor intrínseco atribuible a la naturaleza. Un valor que no siempre está codificado en torno a la productividad capitalista, si bien el caso alemán de este apartado ha servido para ilustrar la injerencia del Estado y su capacidad para crear data y manejar un espacio diverso simplificándolo, hay que también mencionar que este modelo provocó una reacción que llamaba a la protección del entorno natural tal como era.

1.3.2. La naturaleza preservada y conceptualizada

La idea de naturaleza en occidente, de aquello que concebimos como tal, responde a una idea particularmente pictórica que tiene como origen el periodo renacentista. Es en esta época en que la idea de escenario natural y naturaleza se fusionaron para dar paso a la serie de asociaciones estético visuales actuales. La naturaleza dejó de ser un detrás de escenas en el que ocurría el nacimiento, la niñez, la madurez, la muerte y el renacimiento; y se convirtió por sí misma en una escena. Una que a pesar de esta transfiguración a lo visual mantiene, indirectamente, una asociación normativa poderosa que crea la diferencia con aquello catalogado como antinatural. La conceptualización de aquello que decidimos delimitar como naturaleza no es sencilla, como podemos percibir, es una definición atravesada por un sinnúmero de factores tanto materiales como no materiales. La discusión en torno a esta temática merece su propia tesis, por ello, para efectos prácticos de esta vamos a delimitarnos a su vinculación reciente con la idea de paisaje y como esto ha contribuido a la definición de zonas de protección natural exclusivas como los parques nacionales (Olwig 2019, 8).

Cuando hacemos referencia a lo pictórico de la asociación nos referimos a la idea de paisaje natural en la pintura, como una imagen estática. Después de todo es el mismo Da Vinci quien manifestó que es a través de ella que podemos aspirar imitar lo natural, “la pintura es una ciencia, hija verdadera de la naturaleza” (Olwig 2019, 10) dijo. Y no es aleatoria la elección de palabras, la pintura implica un modo de inspeccionar y percibir el entorno de manera bastante cercana a como los instrumentos científicos lo hacen, desarrollados así mismo en el periodo de la

Ilustración y Renacimiento. Se examina el mundo a través de la vista, se encuadra una porción de territorio y se lo traslada al espacio abstracto de un mapa, diagrama o imagen de un paisaje. Es la escena representada la que es capturada, la que nos permite inspeccionar y definir. La naturaleza, conceptualizada entonces como paisaje, es la que nos permite observarla desde un punto de vista, desde una posición particular. Una abstracción visual que nos permite observar y examinar pero que en el proceso de ser visto y representado se convierte en la imagen misma, en el espacio a la vista.

La gestión de la naturaleza, desde esta perspectiva, como de hecho ocurre en un parque paisajístico o incluso en un jardín es el ejemplo perfecto. Un arquitecto proporciona un modelo para la escena material, el lugar de las flores, de los árboles, de las rocas; y aunque existen limitaciones botánicas el paisajista tiene una discreción en la disposición general de los elementos. El resultado no es solo una porción de terreno bien cuidado, al que se le ha impuesto ciertos principios de orden, utilidad y belleza, sino que también ocurre que este paisaje creado se transfigura ante nuestros ojos para convertirse en la naturaleza misma. Es esta fórmula, que en muchos casos ha sido aplicada en parques nacionales, la que valida espacios que terminan siendo preservados y gestionados por sus cualidades escénicas (Scott 2020).

La necesidad por conservar y precautelar determinadas áreas naturales no es un sentimiento por fuera de lo cultural. Es una amalgama que responde a una visión filosófica, estética y social-contextual que, incluso en ciertas circunstancias, ha sido contestataria. Como se ha mencionado previamente, para los alemanes la preservación de espacios naturales ha estado ligado a sentimientos nacionalistas. Posterior a la irrupción del industrialismo y sus consecuencias, este sentimiento se materializó como una fuerza que iba a devolver en igual medida los abusos perpetrados contra ella. Su representación como musa de la vida real también se fortaleció tras la convicción de que “la poesía nunca brotaría del suelo de una naturaleza disminuida y degradada” (Weiner 1992, 387). Esto, en conjunto con el hecho de que la expansión del colonialismo permitió la formación de relatos relacionados a otros espacios naturales, como la estepa africana o la selva tropical, avivaron el romanticismo en torno a una imagen exótica y fundamentalmente escénica de la naturaleza.

Los alemanes, no fueron los únicos contribuyentes al sentimiento conservacionista, y su asociación paisajística, particularmente si hablamos de uno que despertó una respuesta jurídico-

estatal particular. La demanda por la limpieza de ríos en Rusia de la década del 50, por ejemplo, combinó una serie de elementos que resaltaban la idealización del campesino, la religiosidad y el anti-cosmopolitismo. Elementos que transmiten una imagen particular de la naturaleza como representante de estos valores, y que además estuvieron presentes para los soviéticos durante un tiempo considerable. Estos componentes, entremezclados con una tradición romántica pictórica, fomentaron el involucramiento estatal para promulgar acciones concretas a favor del cuidado medioambiental e incluso de la preservación cultural. Estados Unidos, el Estado tecnocrático por excelencia, también ocupó un lugar estratégico en la gestión conservacionista de la naturaleza. Bajo la premisa de la eficiencia y el manejo de recursos, la relación con la naturaleza se modeló bajo la idea de santuario prístino, uno al que se debe cuidar y gestionar aprovechando los últimos conocimientos científicos. En todos estos casos, la naturaleza y el valor intrínseco que se le atribuyó responde a un núcleo escénico particular que convierte las metáforas y conceptualizaciones específicas de cada lugar en partes mismas del paisaje frente a nuestros ojos.

1.4. La invención del Parque Nacional

Los parques nacionales, tal como los conocemos hoy en día, están conceptualizados a partir de la experiencia norteamericana. Si bien hemos repasado un centro común en torno al imaginario de la naturaleza como paisaje escenográfico, también hemos remarcado que existen variaciones en torno a la representación de cada nación. Mientras que, para los alemanes la conexión entre el carácter nacional y el orden natural es sustancial; para los rusos la idealización del campesinado y la religiosidad juega un papel esencial en la imagen de la naturaleza que buscan preservar. En el caso específico de los estadounidenses, la relación con la idea de la naturaleza ha estado marcada por el avance de la civilización, tanto con sus beneficios y detrimentos.

El medio ambiente natural que los rodeaba inicialmente fue un espacio al que se debía conquistar. Vasto y caótico, los colonos tenían que vencerlo para poder desarrollar un crecimiento económico y social que los diferenciara de la Europa de la que provenían. La idea del territorio salvaje, árido y desolado estuvo asociada a la retórica que inicialmente se usó para describir a la naturaleza norteamericana. Términos que, no por pura casualidad, son parte de la retórica judeocristiana que evoca lugares en los que es fácil perderse en la confusión moral y desesperación. Sin embargo, esta asociación, fundamentalmente occidental, cambió en menos de

un siglo convirtiendo a la naturaleza imponente que antes se debía mermar en un elemento característico del nacionalismo americano(Cronon 1992).

La conversión de la naturaleza en el discurso estadounidense no es tan sencilla por supuesto, la realización de los horrores que podía traer el industrialismo en la vida común de la gente, la romantización de la vida vaquera e incluso aquello que Frederick J. Turner teorizó como la significación de la frontera contribuyeron a la metamorfosis del concepto de lo salvaje-natural. Estar expuesto a un paisaje sublime e imponente, empezó a asociarse con estar en presencia de lo divino. Un Edén en la tierra, uno que recordaba a los presentes su mortalidad pero que al mismo tiempo era evidencia directa de la posibilidad de dominarla (Cronon 1992).

La belleza pictórica, la escenografía que se presentaba frente a ellos se convirtió, entonces, en un símbolo de lo que ser norteamericano implicaba. La conquista de la naturaleza, de lo salvaje, el avance técnico y científico, así como la democratización y el individualismo; todo esto se condensó bajo la imagen de la naturaleza, una vasta, impresionante y arrebatadora. A partir de este cambio que, por supuesto tuvo influencia trasnacional, puesto que la preocupación en torno al lugar de la naturaleza no era únicamente estadounidense, la creación de parques nacionales fue promovida. Rodrerick Nash, escritor de *Wilderness and the American Mind*, argumenta que para los americanos la idea de lo natural-salvaje los diferenciaba y distinguía de Europa e incluso hacía posible su trabajo pionero. La naturaleza, sus paisajes y la protección de lo salvaje, terminó ocupando un lugar destacado en el ego nacional (Nash 1970).

El Parque Nacional de Yosemite apareció entonces en 1872, como la primera zona protegida bajo este modelo en el mundo. El presidente Roosevelt, un hombre que apreciaba tanto la contribución de la ciencia como los paisajes naturales de su nación, proclamó varios refugios de vida silvestre y monumentos nacionales. Poco a poco un movimiento en pro de los parques naturales como reservas de vida salvaje fue tomando forma, uno que iría aprobando zonas de protección a medida que se cimentaba una iconografía particular en torno a estos lugares. La colaboración de artistas fue crucial para instituir la esencia representativa que serviría también como justificación y prueba de la imponente naturaleza (Cronon 1996).

Pintores como Thomas Moran fueron parte de expediciones gubernamentales para la verificación de las aseveraciones que circulaban respecto a los paisajes del oeste desde la época del comercio de pieles. Sus creaciones fueron cruciales para convencer a los estadounidenses que

valía la pena que el gobierno de los Estados Unidos protegiera Yellowstone. La elocuencia escénica e imponente de las montañas a través de este tipo de producciones pictóricas jugaron un papel, uno que contribuyó a imprimir en su naturaleza la simbología de hospitalidad, resistencia y prosperidad que los norteamericanos tanto valoran (Lambert 1996). Yellowstone, así como Yosemite, Crater Lake y muchos otros parques nacionales fueron contenidos, defendidos y preservados por medio de un sistema cuya delimitación física los protege de la contaminación que la civilización representa y que, curiosamente, es lo que es por la existencia de estos edenes terrenales y silvestres.

Estos monumentos naturales, configurados institucional y culturalmente como espacios explícitamente nacionales, obtuvieron una influencia no solo del contexto transnacional preocupado por la naturaleza; sino también de los empresarios estadounidenses que buscaban expandir el horizonte americano a través del ferrocarril. Al adherirse a visiones románticas de la naturaleza, se consideraba beneficioso la ocasional contemplación de escenas naturales asociando la exposición a estas con el alivio de preocupaciones ordinarias, el cambio de aire y el enaltecimiento de la salud (Tyrrell 2012). Los conservacionistas sostenían que las reservas públicas de naturaleza inmaculada permitirían experimentar este tipo de renovación, por ello se debía fomentar la visita y el disfrute de los parques por parte de las personas para así convertirlas en aliados fuertes del movimiento de preservación. Por supuesto no se referían a todas las personas, en el intento por mantener a la naturaleza tal cual, con sus animales y plantas, se olvidaron de que los territorios dueños de aquellos paisajes tan pintorescos no estaban humanamente deshabitados.

La expansión de vías de acceso, el aumento de visitas de un tipo particular de personas y la publicidad romantizada en torno a la vida de vaqueros y nativos americanos ayudó a generar un sistema que si bien consolidó la imagen e importancia de los paisajes naturales de los parques; también causó el desplazamiento de pueblos indígenas hacia reservas. El mito de la naturaleza salvaje como tierra virgen, como edén terrenal deshabitado, jugó un papel cruel para aquellos quienes alguna vez llamaron a esa misma tierra hogar. A medida que el movimiento de parques nacionales se expandió no solamente en Estados Unidos, sino también en el mundo, se hizo cada vez más explícito que este tipo de conservación no es una forma particularmente crítica con la industrialización ni la desigualdad, y más bien iteró su posición de que la belleza y la utilidad

económica pueden coexistir; incluso llegando a ser la misma cosa en ciertos tipos de paisajes naturales (Tyrrell 2012).

1.5. Parque Nacional Galápagos: un edén, una utopía, un laboratorio

En el Ecuador, el modelo de parques nacionales ingresó en la década del cincuenta, siendo el Parque Nacional Galápagos el primero en el país. Para lograr la instauración de este, sin embargo, tuvieron que contribuir una serie de personajes a nivel global para posicionar una retórica asociada a la ciencia que sustente la validez de la protección del archipiélago. Esta colaboración transnacional es la razón por la cual la posición de las islas para la elaboración de la teoría de la evolución es indiscutible en el imaginario general de las personas. El relato científico alrededor de las islas es un argumento potente que, en conjunto con elementos estéticos que siempre se resaltan, ha convertido el proyecto de conservación dentro de las islas en uno imperante que busca preservar y restaurar la naturaleza a su versión originaria. Tal efecto, por supuesto no está solamente alimentado por datos científicos y opiniones técnicas, sino que también responde a imaginarios vinculados a islas, especialmente las del pacífico, que han ocupado un lugar especial en el pensamiento occidental moderno, especialmente por su asociación con los mitos de origen. Consideradas como aisladas, se idealizan como lugares de naturaleza edénica, escapes primitivos de la modernidad que se prestan a planes utópicos. Estos sitios, remotos y controlables, responden a una iconografía estética particular basado en narrativas históricas de islas paradisíacas (Davis 2007).

La idea del Edén asociada con las Galápagos, pero también con otras islas, connota tierras salvajes y voluntariosas en donde los impactos y las acciones humanas son sublimados por los poderes de las fuerzas no humanas de la naturaleza. Es un lugar sagrado, uno que termina solo siendo imaginable en oposición a espacios sociales profanados por el sujeto moderno, uno que se considera intrínsecamente divorciado de la naturaleza. Sin embargo, como toda significación moderna, guarda sus contradicciones. Al mismo tiempo que solo tiene sentido en oposición a un mundo confuso, contaminado e imperfecto; también sirve como un microcosmos de la modernidad y sus avances. Uno que logra hacer convivir ambas esferas. La herencia judeocristiana del edén ofrece la clarividencia que presagia lo que vendrá, pero que en este caso particular suprime la asociación religiosa, habilitando que el archipiélago de Darwin ocupe su lugar dentro de un tipo de ética no religiosa de la vida (Hennessy 2011) .

Es así como las islas Galápagos se convirtieron en un lugar de encuentro para personas que buscaban no solo escapar de la modernidad, sino también construir una alternativa a esta que no los eximiera por supuesto de sus beneficios, una utopía. Si bien las crónicas en torno al archipiélago habían sido variadas, respondían al legado dejado por las historias sobre naufragios; sin embargo, tan pronto se relató el viaje de Darwin la percepción mutó y las visitas enmarcadas en otra retórica empezaron a abundar. Uno de los más famosos, y la inspiración para muchos otros viajes hacia las islas, fue el crucero del *Noma* en 1923 narrado por el escritor de divulgación científica William Beebe. Regocijado por la emoción de visitar las islas desiertas, describió profusamente la vida silvestre de las encantadas de una manera que recordaba los cuentos de los exploradores de siglos pasados. Remotas, tropicales y escasamente habitadas no eran solo perfectas para emular el tropo romántico común en torno a las islas, sino que se presentaban como un monumento natural ideal para la preservación. Aún no había una idea clara de cómo se pretendía conservar a las Galápagos, pero estas ideas en torno a una naturaleza prístina y salvaje – muy parecidas a las usadas para la creación de parques nacionales en EE. UU – definitivamente presentaban un modelo particular (Hennessy 2019).

Inspirados por historias sobre islas desiertas y naturaleza abundante, muchos europeos y norteamericanos viajaron hacia el archipiélago buscando una vida tranquila en el edén. Un lugar que, al menos en el imaginario, prometía encontrar la soledad y poner a prueba el temple replicando de esta manera, no solo un supuesto parecido al usado para retratar otros parques naturales como Yellowstone, sino también una larga historia de colonización europea a islas tropicales. Apodándose a ellos mismo como Robinson Crusoes, hubo varios intentos de colonias fallidas en las islas a raíz de estos tropos. Un grupo de noruegos intentó establecer un pueblo en Floreana solo para fallar estrepitosamente. No solo llegaron a la realización de que la naturaleza del lugar estaba lejos de ser idílica, sino que también se dieron cuenta que ya se encontraba habitada. La visión utópica con la que fueron ellos y otros colonizadores occidentales había encontrado inspiración en las ideas de un avance concreto de la humanidad, un proyecto de mejora continua que no se alineaba con la realidad de la isla y los habitantes que ya se encontraban en ella (Bocci 2020).

La utopía proyectada en las Galápagos tiene raíces en los relatos previamente mencionados, pero también responde a un ejercicio de poder colonial. Y es que cuando los movimientos utópicos se analizan se revela que sus articulaciones provienen de una forma particular de

relacionarse con espacios, objetos y prácticas (Bocci 2020). Una visión que se impone ante las otras y que cree, ante todo, en su superioridad de manejo y relación. En el caso del archipiélago, este relato edénico y utópico colisionó con la realidad material, con el hecho de que las islas estaban ya pobladas. Habitadas por personas que cazaban, pescaban, comerciaban y se relacionaban con los animales y su entorno con aparente indiferencia, y que no guardaba las mismas reverencias que los inmigrantes europeos tenían. La colisión entre los dos mundos, pero sobre todo la hegemonía del relato edénico y utópico profundizó las divisiones entre la naturaleza y la sociedad local. Las islas Galápagos eran un reducto en el fin del mundo aislado y prístino, un tropo fundacional de la modernidad occidental, que relegó a la población local y oscureció cualquier pasado que no haya sido geológico y biológico (Hennessy 2017).

Los elementos que contribuyeron al deseo de preservación de las islas fueron una amalgama de conceptos romántico-científicos. La consolidación de estos fue lo que transformó estas islas en medio de la nada en un paraíso natural prístino que valía la pena preservar. En 1959 se oficializó la creación del Parque Nacional Galápagos y la estación científica Charles Darwin, para lograrlo la comunidad científica realizó una campaña internacional remarcando la importancia de estas y las futuras contribuciones potenciales del lugar. Como el edén que era, prometía un futuro esperanzador.

En el presente, en cambio, funciona como un faro brillante que cimentaba las verdades absolutas que exhibe la ciencia; una que no dejaba espacio para otras verdades. Estas visiones de la naturaleza, como salvaje y primigenia, no solo reflejan una forma particular de ver el mundo; también funcionan como declaraciones políticas con profundos efectos materiales. La conceptualización de estas como edén y utopía fueron la antesala para la declaración de laboratorio natural. Ninguna de estas visiones previas se anula por completo, se alimentan entre ellas para proyectar un imaginario particular. Gracias a estas, las islas Galápagos se convirtieron en un escenario de división excluyente de naturaleza y sociedad. Uno cuyas políticas reflejan esta necesidad imperante de volver al estado natural, escindiendo físicamente las áreas pobladas de las protegidas. Y tratando de restaurar los paisajes y ecosistemas dañados por los efectos de la presencia humana.

1.5.1 Entre la ciencia y la estética

La instauración del Parque Nacional Galápagos en conjunto a la Estación Científica Charles Darwin se realizó a finales de la década del 50, como ya se ha puntualizado. Y si bien el sistema de parques que sirvió como modelo para la creación de este es predominantemente estadounidense, con una influencia clara del discurso de la ciencia, no podemos desestimar la herencia pictórica-visual del paisaje natural como clave en el establecimiento de este modelo conservacionista. Este legado europeo, presente en la cosmovisión particular del modelo de parques se debe remarcar, sobre todo porque no tiene ningún tipo de perjurio y más bien es aliado del discurso científico. Un discurso, que en el caso de las islas Galápagos, es fundamental para comprender su existencia actual no solo como parque y laboratorio natural sino como espacio natural escindido de la sociedad.

Las islas encantadas, como comúnmente se las denomina, ha construido una retórica propia; una que las ha ubicado a nivel global como un símbolo directo de una de las teorías científicas más importantes del último siglo. Así mismo, sus paisajes sobrecogedores han sido inspiración para una serie de reportajes que han cimentado su iconografía como edén y laboratorio natural. La visita de Charles Darwin en 1835, y su dramatización como momento decisivo para el planteamiento de la teoría de la evolución, ha sido parte primordial de la argumentación a favor de la conservación del archipiélago a través de un parque nacional. Previo al arribo de Darwin, e incluso alrededor de 100 años después de la visita, a las islas Galápagos se las conocía como un lugar inhóspito visitada solo por comerciantes y piratas; una visión que cambió a raíz de décadas de gestión científica para posicionar el relato del valor que estas tenían (Hennessy 2017).

La retórica en torno a la posición de la naturaleza y sus paisajes cambió a raíz del estallido de la industrialización y posterior guerra mundial, los europeos y americanos empezaron a anhelar un regreso a lo natural y a una vida más simple. Especialmente una alejada de los elementos civilizatorios que habían causado ya tantas desgracias. El relato en torno a las Galápagos y su conexión con la famosa teoría de la evolución estaba ya bien documentado. De acuerdo con el imaginario europeo, la insularidad del archipiélago no solo había cumplido con el requisito iconográfico occidental en torno a las islas tropicales, sino que también había revelado con claridad los procesos de adaptación extrema que se dan en lugares apartados y con falta de depredadores (Hennessy 2019).

Especies como los pinzones de Darwin y las tortugas galápagos, que exponen casos de enanismo y gigantismo respectivamente, se convirtieron en símbolos de la teoría dado que eran ejemplos clásicos y directos de la radiación adaptativa. Pero la contribución no era solo esa, y es que las especies endémicas del lugar solo habían podido adaptarse de manera tan inusual, por las condiciones tan extremas y particulares de las islas Galápagos. Fueron estas explicaciones científicas y apelaciones a la importancia cultural de las islas las que sirvieron para establecer a las Galápagos como el lugar de una historia de origen científica y su paisaje como naturaleza prístina (Hennessy 2019).

Una especie de humanismo científico devino como producto de esta narración, uno que integraba el deseo de proteger la naturaleza virgen e ingeniería científica para resolver los problemas sociales. Personajes como Victor Wolfgang Von Hagen, explorador y promotor estadounidense, y Donald Harsch, un entusiasta colonizador; encarnaron este deseo en las islas Galápagos. Ambos, personajes no pertenecientes a la comunidad científica, abogaron por el cuidado de las islas bajo la prerrogativa de lo que representaban para el mundo: un monumento de lo que la ciencia era capaz. Para Von Hagen, las Galápagos debían ser protegidas para continuar realizando investigación científica (Hennessy 2011). El archipiélago debía ser preservado, debía impedirse su extinción, dada su posición como laboratorio natural de la evolución puesto que tenía la potencialidad de seguir contribuyendo al estudio de los procesos evolutivos. Para Harsch fundar una nueva filosofía de vida y colonizar bajo términos pseudo técnico-científicos era la mejor opción, solo así se podía mejorar la organización humana y dejar al mundo intacto para las generaciones futuras (Bocci 2020).

Si bien ninguno de estos dos sujetos tuvo suerte en su cometido, ilustran perfectamente lo imbuido que estaba en el colectivo la posición de las Galápagos en la retórica sobre la naturaleza y la ciencia. La presencia de cormoranes no voladores, iguanas marinas, tortugas gigantes y pinzones agregaban no solo data científica, sino que contribuían a la mística del archipiélago como un lugar único en el mundo. El único que podía ocupar la estela de la ciencia como ética de vida. Bajo toda esta construcción retórica el archipiélago de Darwin no solo merecía ser preservado, sino que era imperante hacerlo. En 1934 se emitió el primer decreto por parte del gobierno ecuatoriano para la protección de las especies en peligro y la sugerencia de que algunas islas se aparten como refugio para estas formas de vida. A pesar de que no tuvo ningún efecto

práctico, si marcó el comienzo de la institucionalización de la idea de las Galápagos como un laboratorio natural (Hennessy 2018).

El discurso de laboratorio y edén natural ha tenido efectos materiales directos e indirectos en las islas. La institucionalización del Parque Nacional en 1959 en conjunto a la estación científica Charles Darwin ha marcado una manera particular de aproximarse a la conservación, una enfocada en restaurar los paisajes a un estado prístino anterior. Una de las políticas de gestión más ilustrativas es la división de la isla en áreas sociales y naturales discretas. Esta visión en torno al paisaje natural de las Galápagos también ha dado forma a la principal industria de las islas, el turismo. Un sector que indiscutiblemente ha moldeado los patrones de inversión en infraestructura pública (Hennessy 2017). Desde las primeras expediciones científicas acompañadas por cronistas hasta los documentales de National Geographic actuales, incluso desde la retórica inicial en torno a las islas, es indiscutible como se ha venido configurando el paisaje galapagueño como una amalgama de símbolos científicos y estéticos moldeados desde el occidente hegemónico.

Capítulo 2. Cazadores: una tradición antropológica

Los cazadores y sus prácticas son un eje temático con una extensa tradición en las ciencias sociales (Lee y Daly 2004; Rappaport 1984; Lee y DeVore 1968; Marshall 1960; Flannery 1946). El acercamiento a estos personajes, y su actividad, estuvo focalizado durante mucho tiempo a la búsqueda de una definición evolucionaria del ser humano. La reconstrucción de las condiciones político-sociales además de ambientales, para que la caza haya surgido como precondition a la modernidad han sido profusamente discutidas en simposios y artículos que, en muchos casos, se concentraban en la recolección de datos objetivos como condición para su relevancia (Meggers y Clifford 1956; Flannery 1946; Speck y Loren 1939).

En parte, gracias a una fructífera conversación metodológica, la aproximación a los cazadores-recolectores ha ido mutando de una visión más nomotética a otra que dio pie a observaciones más contextuales-relacionales. La focalización en casos concretos de estudio y sus particulares modos de adaptación, estructura grupal, control social y patrones de asentamiento dio paso a la reivindicación de las formaciones culturales como elementos modeladores de evolución.

Contribuyentes, en igual medida, que las mutaciones anatómicas y fisiológicas a la historia evolutiva. La atención a estas particularidades desencadenó observaciones de un rango bastante amplio, que han contribuido a discusiones que van desde la dependencia del ser humano a la naturaleza hasta las diferentes modalidades de entender el parentesco (Lee y Daly 2004).

Y, sin embargo, difícilmente esto es lo último que estos interlocutores tengan que decir que contribuya al conocimiento teórico-conceptual. La caza, como actividad, no se ha extinguido y forma parte transversal de múltiples comunidades culturales a lo largo del mundo social. Una que recientemente ha dado luces, por ejemplo, a la discusión sobre los distintos enlazamientos que existen entre humanos-animales que, usualmente, ha sido enmarcada bajo una matriz utilitaria o simplemente simbólica (Nadasdy 2007). Esta conversación, que se enmarca en una más grande sobre la partición naturaleza-sociedad, no solo sirve para reivindicar los conocimientos nativos y/o indígenas. Sino que, también, permite pensar las formas de gestión de la naturaleza actuales. Una que, hasta ahora, ha sido pensada generalmente como un recurso próximo a acabarse y al que impactamos de manera rapaz.

Esta aproximación al impacto ambiental – y por ende a los programas de conservación que da pie – contienen un peligro latente. Uno que “divorcia el conocimiento y su transmisión de una experiencia ambientalmente situada”, una ilustrada de cierta forma en el apartado anterior con respecto al sistema de parques nacionales (Ingold 2011a, 153). El interés en torno a sujetos como los cazadores reconoce que el interés por el acercamiento técnico-racional no tiene que inherentemente ser posicionada por encima de la adaptabilidad cultural al medio, sino que se debe explorar las interconexiones que existen entre humanos, naturaleza y paisaje que si bien responden a una estructura latente no pueden ser contenidas totalmente por ella. Si de trazar la historia natural evolutiva se trata, hay que comprender que esta no puede ser entendida sin la injerencia humana en lugares, animales y plantas; y viceversa. Si de preservar la naturaleza se habla, debemos cuestionarnos si esta puede ser pensada como un espacio excluido y por sobre el que la cultura está inscrita (Hennessy 2019) .

2.1. Un interlocutor valioso

Los cazadores-recolectores son sujetos que han despertado interés dentro del campo antropológico. Su contribución en las discusiones sobre modos de subsistencia, organización social, el campo simbólico, parentesco y otros sin número de temas es invaluable desde el inicio de la rama científica. A mediados de la década del 60 se realizó una conferencia magistral sobre las sociedades configuradas a partir de esta práctica. Durante el simposio se discutió sobre como la caza-recolección ha sido la adaptación más exitosa y persistente que el hombre ha logrado jamás, logrando cuestionar las percepciones previas en torno a la práctica como primitiva y sin valor cultural por fuera de la subsistencia (Lee y DeVore 1968). Las ponencias expuestas, sin embargo, remarcaron a la caza como una forma de organización que precede a la agricultura y ganadería. Una forma de vida que se enmarca en un modelo que esta por desaparecer puesto que ya no responde contextualmente a la realidad material actual.

No obstante, los cazadores continúan existiendo. Es correcto que la caza y recolección como modo de subsistencia se ha reducido significativamente y, si nos ceñimos rigurosamente a su definición, solo se puede comprender a esta como forma de vida material. Por ello, gran parte de la literatura en torno a estos sujetos discute sobre los problemas de ecología y organización económica. Esta aproximación no ha dejado de ser relevante; la relación que estas personas tienen con sus hábitats materialmente hablando es, en gran parte, la razón de ser de esta tesis. Sin embargo, las contribuciones de estos sujetos no se pueden reducir únicamente a un modelo de

consecución e impacto sobre recursos naturales. Si la subsistencia fuera la única razón por la que se practica la actividad cinegética esta quizá ya hubiera desaparecido, tal como se vaticinó en la conferencia organizada por Richard B. Lee y Irven DeVore.

Y, contra todo pronóstico, esto no ha sucedido. Los cazadores, aunque reducidos, continúan siendo interlocutores valiosos para comprender y teorizar sobre aspectos rituales, representatividad social, socialización del territorio, relación humano-animal y la adecuación de tradiciones al tiempo moderno. En Europa, particularmente en España y Francia, las manifestaciones sociales de la práctica cinegética actual son objeto de indagación.

Particularmente por el interés que sus aspectos simbólicos despiertan, así como por su adaptación al sistema de mercado. La montería, una tradición predominantemente andaluza, ha sido revisitada por investigadoras como Celeste Jiménez de Madariaga en textos como *Ritos y Mitos en torno a la caza* en donde realiza una revisión general sobre su repercusión económica, la relación con los ecosistemas, la actividad deportiva, las implicaciones jurídicas, así como las relaciones sociales y asociativas que despierta. Discute también aspectos más simbólicos y discursivos en torno a esta práctica, como es el rito de hacer novio a aquel sujeto que mata por primera vez y sus implicaciones en torno a la masculinidad (Jiménez de Madariaga 2005).

Roberto Garrido, antropólogo español ha sostenido que a partir de la década del sesenta la óptica en torno a la caza se alteró dejando a un lado su asociación con lo aborígen y comunidades sin Estado. Esta modificación sucedió particularmente por el cambio de los lugares de investigación, la mirada se movió hacia el interior y, en el caso de la cacería, visibilizó a esos cazadores que practicaban la actividad y no respondían a la imagen tradicional que se tenía de los cazadores-recolectores (Garrido 2009). Esta transformación ha permitido enriquecer las discusiones en torno a su componente existencial, así como a su adaptación a la contemporaneidad en la que ya no responde a necesidades de subsistencia y es más bien una actividad residual, muchas veces no inserta dentro del proceso económico de la sociedad.

La caza bajo la denominación de deporte ha sido uno de los acercamientos a la práctica en la modernidad; una que responde, puntualmente, a su asociación relativamente reciente hacia fines de prestigio y reafirmación social. El cazador como deportista, que además es respetuoso con el medio natural, ha sido uno de los principales argumentos que las asociaciones de cacería han mantenido como estandarte; particularmente para justificar su actividad al perder la autoridad de

la etiqueta de tradición. La autodefinición de los cazadores como “los verdaderos ecologistas” es una respuesta a este mismo principio, mediante el cual se puede explorar de lleno la relación que el hombre tiene con su medio ambiente tanto en el sentido de percepción, consideración, aprovechamiento y las figuras antagónicas que crean para construir su identidad. La atención a las estrategias que los cazadores contemporáneos utilizan para reivindicar sus prácticas son esclarecedoras para este cometido, dado que fluctúan entre la reivindicación de ellas a su alianza con distintas organizaciones corporativas cinegéticas. Otra de las estrategias que han usado, y que resulta bastante enunciativa particularmente en Francia, es la enmarcación de la práctica como clave para la socialización del territorio en el contexto rural; lo que en Cevenas ayudó para la declaración de la zona como parque natural (Sánchez Garrido 2006).

Como interlocutores, aquellos que practican la caza pueden aportar de manera invaluable a la comprensión sobre el medio natural. Tanto desde una perspectiva espacial-territorial como sobre las distintas valoraciones que se les atribuyen a especies animales. Como se señaló en el capítulo previo, la naturaleza es una construcción humana colectiva que ha ido mutando a través de la historia, pero que también responde singularmente a contextos más localizados. La relación que los cazadores establecen con ella ayuda a informarnos sobre cómo una práctica puede definir las distintas interpretaciones que se puede tener de este concepto. El cazador contemporáneo tiene muy presente que “la naturaleza ya no es lo que era”, así como sabe que la relación que mantiene en la actualidad no responde a las mismas precondiciones. No obstante, como Dalla Bernardina, apunta existe una retórica fuerte en torno al regreso a la naturaleza, lejos de la vida urbana en donde el ser humano vuelve a ocupar su lugar. Un lugar, que en el caso de los cazadores es uno acompañado de su perro que se convierte en mediador ritual, guiándolo y transformándose en una cuasi bestia inteligente (Garrido 2009, 197).

Revisitar la relación que los cazadores tienen con los animales, sean estos de compañía o presa, lleva a la realización de que el proceso de caza es para muchos uno de intercambio recíproco entre los humanos y no humanos. Esta línea de aportación ha sido más que nada explorada en Sudamérica, pero que también se aplica en cierta medida a otras sociedades, puesto que tomar la vida de un animal – matarlo-, no se considera un proceso inherentemente violento (Nadasdy 2007). Esta perspectiva esclarece además las limitaciones que tiene aproximarse a esta actividad desde una posición ontológica occidental con suposiciones europeo-americana, después de todo la caza ha estado presente en diversas culturas que son fundamentalmente incompatibles con esas

hipótesis. La revisión de la relación que distintos tipos de cazadores tienen con los animales, así como la naturaleza, no solo dilucida la artificialidad de las definiciones y como estas responden a tradiciones específicas, sino que también posibilita la visión de estas relaciones no solo como una respuesta estructural, sino que también como respuesta a otro tipo de relacionamientos e intercambios. Sobre todo, tomando en cuenta que la posición de estos sujetos les da un entendimiento diferencial sobre el medio en el que se mueven, generando una aproximación corporal distinta a lo que les rodea.

En concordancia con el enlace que estos sujetos mantienen con su medio natural, revisar el relato de la naturaleza prístina, del paisaje para contemplar, en conjunción con la vivencia auténtica de la caza, es una temática que también ha sido indagada y es de particular interés para esta tesis. Sobre todo, porque existen puntos en común entre el discurso conservacionista y el de organizaciones corporativas cinegéticas, un modelo predominantemente europeo-americano para gestionar la caza. La sinergia que guardan ambos elementos ha generado, en algunos casos, el establecimiento de cotos de caza que así mismo funcionan como zonas protegidas por sus componentes estéticos naturales y sus valoraciones ambientales. La mercantilización de parques naturales, así como de la experiencia de caza, a personas que buscan la experiencia de volver a lo natural salvaje es un paralelismo para considerar; uno que ha sido explorado desde una perspectiva crítica tomándolo como simbolismo de la sociedad moderna tecnificada y depredadora que enajena y destruye todo a su paso según su interés (Garrido 2009) .

Como podemos observar la actividad cinegética, como hecho social con significados y prácticas concretas, tiene aportaciones múltiples al campo de la antropología. Su posición para el estudio de la naturaleza y el medio ambiente ha sido reconocida desde el inicio de la rama dado el interés en el estudio de mitos y rituales, así como sobre las técnicas de subsistencia. El cazador ha sido siempre considerado como un sujeto exótico que se encuentra constantemente en un intersticio entre la humanidad-bestialidad, uno que permite, por ende, la discusión de temas materiales y simbólicos que tienen la capacidad de informar sobre las relaciones, percepciones, definiciones e intercambios que como sociedad podemos entablar con elementos y seres no humanos que nos rodean. Una exploración con la capacidad de informar decisiones sobre la gestión del medio ambiente, la relación humano-animal desde un punto de vista ético y la variabilidad contextual e histórica alrededor de la definición de la naturaleza.

2.2.La caza: ¿una forma de vida o de aproximación?

La caza-recolección ha sido considerada una de las adaptaciones más exitosas del hombre cultural quien ha estado en esta Tierra alrededor de 2,000,000 de años. La asociación que existen entre cazadores y subsistencia, probablemente, viene de que aproximadamente el 99% de este tiempo los humanos han vivido como cazadores recolectores (Lee y DeVore 1968, 3). Debido a esta circunstancia, la antropología se ha aproximado a ellos desde posturas materialistas y ecologistas mayoritariamente; estos acercamientos no pierden validez a pesar de que la caza se ha venido transformando. En el presente, la cantidad de personas que sigue dependiendo de la caza como fuente principal de su suministro cárnico es reducido, si bien no inexistente. Las asociaciones y significaciones en torno a ella se han modificado, y en la actualidad existe una progresiva institucionalización de la práctica cinegética además de un control de los productos de consumo provenientes de ella por parte de distintos organismos estatales (Sánchez Garrido 2014).

Una de las nuevas conceptualizaciones en torno a la caza es bajo la categoría de ocio, que habilita la existencia del cazador de fin de semana, proveniente generalmente de ámbitos urbanos. Para este sujeto, el sentido y las motivaciones para practicar cacería son distintos a la de los cazadores-recolectores tradicionales de la antropología más clásica. Para este cazador moderno las razones e incentivos oscilan desde el puro entretenimiento deportivo a la pretensión de reafirmar y/o entablar relaciones sociales (Sánchez Garrido 2005). El regreso a espacios naturales es uno de los deseos más comunes de este tipo de cazador. Uno que, evidentemente, ansía la versión curada de este retorno a lo salvaje en el que tiene a su disposición los beneficios de la modernidad como un hospedaje cómodo y un transporte directo. Este modelo es una de las más recientes adaptaciones que ha tenido el mundo de la caza y que percibe al cazador como un consumidor, una etiqueta que permite adaptar la experiencia cinegética en función a las expectativas del mercado.

Las asociaciones corporativas cinegéticas y el turismo de caza, aunque generalizados en Europa y África donde son económicamente ventajosos, han despertado reacciones negativas por parte de cazadores más tradicionales que sostienen que aproximaciones como estas cargan de artificialidad a la práctica. Para ellos la finalidad de la cacería no es únicamente abatir a la presa, la práctica cinegética involucra la dominación y pericia de ciertas técnicas. Se debe conocer a las especies del territorio, saber rastrear; se debe poder interpretar los indicios dados por la

naturaleza. Para estos sujetos descubrir el campo, buscar la presa, rastrearla e, incluso ver como se escapa, enfatiza el hecho de que no es necesario matar para saber cazar (Jiménez de Madariaga 2005).

Si bien existe una transfiguración en torno a las significaciones, para los cazadores europeos más puristas que sostienen su estatus de tradición convertirse en uno no ocurre por elección o azar; este destino está escrito en su sangre. No es el producto cárnico obtenido posteriormente lo que los convierte en uno, sino un algo que te impulsa a la actividad y además te lleva a configurar y responder ante determinados aspectos simbólicos. La caza provoca una relación particular con los animales, distinta de la que forman los no cazadores, como por ejemplo en el caso del camoscio que es asociado a la figura del demonio. Así como también el escarnio del que son objeto aquellos cazadores que dan muerte a animales indefensos, hembras y crías. Una práctica frecuente, realizada en el sur de Francia, es la castración del jabalí y las prescripciones con respecto al consumo de su carne, cuya significación simbólica más aceptada es el hecho de disponer al animal muerto de sus signos viriles. Son estas tradiciones las que construyen la definición del cazador, en antítesis del cazador de domingo. Y que busca dejar en claro que cazar involucra una serie de tradiciones, que efectivamente se van actualizando y adecuando al tiempo en el que se desarrollan, pero que mantienen el respeto por la práctica que reinventa a sus sujetos tanto como a sí misma constantemente (Sánchez Garrido 2009, 194).

Hay que enfatizar que las significaciones y relatos en torno a la actividad cinegética responden a sus adscripciones territoriales-contextuales. Mientras que en países europeos existe una clara asociación simbólica con la lucha contra la adversidad y propiciar bienes, en el continente americano – y más concretamente para las poblaciones nativas e indígenas– esta actividad toma lugar, generalmente, en medio de relaciones de afinidad con animales y plantas a las que no se les reconoce un estatus ontológico distinto (Descola et al. 2001). Dada la posición que los seres no humanos tienen para estas sociedades, los relacionamientos con ellos no se expresan a través de una oposición binaria y, muchas veces, incluyen una serie de ritos que agradecen su sacrificio. Para la nación Cree, por ejemplo, se debe realizar una serie de actividades por parte de los cazadores con la intención de engañar a los animales para poder matarlos, de lo contrario, si no se cumplen con las obligaciones rituales respectivas, los animales o sus cuidadores traerán desgracias (Nadasdy 2007).

Las deidades o divinidades son, así mismo, comunes entre los pueblos cazadores. Seres guardianes que protegen a los animales, deciden el éxito o el fracaso de la caza y castigan la práctica indiscriminada. La función de estas figuras generalmente es dar una advertencia de no cazar indiscriminadamente y mantener la observancia de determinadas reglas. Uno de los mitos más gráficos de este principio es la leyenda del Gran Búfalo de los Siksikaitstapi, que nos presenta a un animal protector que hace un intercambio con el pueblo a cambio de dirigir a los búfalos al despeñadero. El Gran Búfalo se casa con una mujer del pueblo, quien no está contenta con el acuerdo pero que en el proceso le enseña a esta divinidad a devolverle la vida a los búfalos muertos. Logrando así devolverle la vida a su padre, quien había ido a rescatarla, además de evitar que los búfalos escaseen para su gente. Una de las múltiples cosas que este mito trasmite es que matar a los animales no está en contra de la naturaleza, así como la posibilidad de que en algún momento de su vida un cazador tenga que enfrentarse a un animal arquetipo, un ser al que se teme y admira al mismo tiempo (Jiménez de Madariaga 2005, 99) .

Tanto por la relación que los cazadores entablan con los animales, así como con la escena en la que toma lugar la práctica cinegética, un imaginario común se forma entre ellos. Razón por la cual compartir rituales, las interpretaciones y símbolos colectivos es tan importante, les otorga sentido y les permite argumentar la práctica de matar animales. La ritualización de la caza se produce tanto en la propia ejecución del animal, como en las acciones previas y posteriores; situación que ocurre tanto para los cazadores europeos como los nativos. Se pueden destacar tres tipos, los rituales propiciatorios cuya finalidad es la de evitar peligros y favorecer la caza. Los rituales expiatorios cuya función es tanto evitar la cólera del animal muerto y de su especie como eximir la culpa del cazador por darle muerte. Y los rituales de iniciación, los más conocidos, que marcan el tránsito de las etapas de la vida, transformaciones de estatus y/o un cambio en la vida social de los grupos. Este último es el más común entre diferentes culturas, puesto que la superación por primera vez de una práctica tan arriesgada como es la caza demuestra la madurez del joven cazador y, muchas veces, le supone el ingreso dentro del colectivo de los adultos (Jiménez de Madariaga 2005, 108–15).

La caza, como actividad, a pesar de sus múltiples encarnaciones y significaciones culturales despierta una serie de respuestas corporales y emocionales que oscilan entre estados profundamente poderosos como la espera y la ausencia, el deseo y la posesión, el temor y el placer, el riesgo y la emoción, el amor y la muerte. Es en sí misma una experiencia

profundamente liminal que, performativamente, involucra y caracteriza al cazador en persecución ciega a un objetivo. Un sujeto que se juega su suerte y su ser más íntimo ante un animal salvaje, y para quien el acto mismo de la caza es la prueba máxima de todo su conocimiento y deseo (Sánchez Garrido 2006, 4). Es por ello, que una de las características más fehacientes de los cazadores es su dependencia tanto perceptiva como materialmente en su cuerpo, en ellos mismos en colaboración activa con el campo que se les abre paso.

Podemos conocer y reconocer a un cazador por la forma en que se mueve y conoce sus caminos, sus pies responden a la presencia y actividad de los demás casi como si hubiera un comando de voz implicado. A medida que se involucran en la actividad cinegética, se vuelven peritos en reconocer como las superficies reaccionan a la luz, al sonido y a la presión del tacto. Su forma de percibir el mundo, argumentamos, no desliga las dinámicas de movimiento de la formación de conocimiento. Como ilustración podemos traer a colación a los cazadores Oroch, quienes siempre están atentos al paisaje que se abre a lo largo del sendero que ellos mismo van trazando a partir de su movimiento, así como de los animales que lo pueblan. A medida que abren camino y encuentran presas, las dejan donde se las mata, para después recuperarla. Al recogerlas sus trineos dejan de deambular y se dirigen directamente al lugar donde habían ocultado el cuerpo (Ingold 2015, 115).

Esta manera particular de vivir el movimiento puede ser extrapolada a la forma en la que adquieren saberes sobre su actividad. Puesto que durante un viaje de cacería no hay forma en que la mente pueda separarse de la superficie del mundo, de que abandone el cuerpo y se dedique a recolectar datos que después deben ser ensamblados en estructuras de conocimiento objetivo. La experiencia cinegética, el movimiento mismo, obliga a interrumpir la práctica de observación tal como la comprendemos y fuerza a los sujetos a gatear, retorcerse, excavar por doquier. Cazar requiere el involucramiento de todo el cuerpo lo cual genera una consciencia particular en torno a la interrelación con el mundo. Esta manera de interacción resuena con el concepto de habitus, planteado por Bordieu, quien se refiere al involucramiento activo del cuerpo con su entorno a partir del dominio práctico de las tareas cotidianas que involucran posturas y gestos característicos, o una particular hexis del cuerpo (Ingold 2011b).

Las relaciones que los cazadores forman con su práctica y los lugares en las que la llevan a cabo no inicia, generalmente, con una exposición directa a ellas. Sino que se inicia a través de

distintas narrativas cuando son pequeños. Historias sobre viajes y caminos, los nombres de lugares, así como los enfrentamientos con distintos animales salvajes son relatados por los mayores y más experimentados cazadores. A través de estas, así como de visitas, caminatas y la realización de tareas en el lugar, los sujetos dejan un poco de sí mismas, así como toman algo de aquel lugar con ellos. Es a partir de esto que la práctica se configura, y que las personas involucradas añaden también su narrativa a la de otros mientras perfeccionan su percepción. Y si bien, para muchos de ellos, esta ha sido transmitida a través de relatos, la enunciación de lugares solo puede reflejar lo que la persona puede comprender basado en la experiencia y la interacción con otros miembros de la comunidad. Después de todo, la cacería solo puede ser verdaderamente comprendida si formas parte de ella con todo lo que esto implica.

2.3.Los cazadores, sus animales y la naturaleza

Hablar de la cuestión cinegética necesariamente implica hablar del ámbito ambiental, no solo como una actividad que supone el aprovechamiento de determinadas especies silvestres, sino que implica una manera de intervención con consecuencias políticas en el medio natural. La caza hace aflorar, de manera significativa, las dinámicas de poder en el ámbito medioambiental y de gestión de recursos naturales. Al mismo tiempo, que ilustra con particular claridad el dinamismo involucrado en el proceso de construcción de la relación entre sociedad y naturaleza. El ser humano ha venido interactuando con su entorno por medio de la caza hace milenios, mientras que sus motivaciones han ido cambiando a lo largo del tiempo y el espacio. Como sabemos, en un inicio, la práctica tuvo una función de aprovisionamiento que con el paso del tiempo han devenido en otras motivaciones. Entre las motivaciones actuales se encuentra siendo una herramienta de gestión ambiental, símbolo de estatus, deporte o negocio lucrativo (Sánchez Garrido 2005).

Uno de los mecanismos actuales para regular la cacería es asignarla a determinadas porciones del territorio en las que existen restricciones de uso, así como normas jurídico-administrativa que habilitan o no el aprovechamiento comercial en el campo cinegético. Este mecanismo estatal supone una visibilidad particular, así como una vinculación legal en torno a los derechos de explotación cinegética. En el caso específico del Ecuador, el código orgánico de medioambiente es el que define en que zonas es posible practicar la actividad y bajo que lineamientos. Menciona los listados de especies protegidas tanto nacional como internacionalmente, especificando que en

zonas protegidas no se permitirá la caza a no ser que sea para control de especies o con fines de subsistencia y practicas culturales. Es esclarecedor apuntar que dentro del articulo legal que menciona la práctica la zonificación del territorio, así como la clasificación y diferenciación de especies y estatus, es enfatizada dejando clara la visión estatal de túnel.

Esta aproximación, es particularmente sugestiva cuando se la contrapone con la lectura que los cazadores tienen del territorio en el que se mueven y la serie de normas y tradiciones adscritas tanto a su práctica, el lugar en el que se lleva a cabo. El conocimiento y lectura del territorio que ellos tienen se ha venido forjando a través del movimiento por este y en este, a través del paso de un lugar a otro. Este acercamiento con su entorno no es comparable con el seccionamiento que el Estado tiene del paisaje y los límites que le atribuye. Las normas jurídico-administrativas, en muchos casos, terminan siendo una abstracción que, si bien configuran un determinado entendimiento y dan paso a una realidad material, no encapsulan todo el conocimiento. Y, es que como previamente se ha apuntado, los cazadores tienen un relacionamiento con el paisaje que involucra activamente su cuerpo y que recibe tanto como deja. Formulando una manera de conceptualizar e imaginar el entorno natural que depende de una forma de percepción corporal activa; el paisaje se construye, entonces, de una manera particular que solo es posible comprender luego de haber andado a dos pies a través de él (Ingold y Vergunst 2008).

La actividad cinegética de los cazadores, el acto mismo de seguirle el trazo a un animal implica una familiarización con los movimientos del entorno, un relacionamiento técnico que no puede ser aprehendido por las abstracciones estatales. La realización de lo que implica seguir un rastro, del dinamismo que implica entender que estos no solo están estampados en el suelo, sino que son llevados también por el viento, como si el cazador y presa estuviera unidos por una cuerda que marca una senda supra terrenal, modela el entendimiento del sujeto. A medida que el cazador camina, que deambula, no solo adquiere el conocimiento propio a su actividad, sino que también incrusta en sí mismo el territorio por el que se mueve; conceptuando una forma diametralmente distinta a la estatal de comprender la naturaleza y el paisaje frente a ellos. Este acto de andar, de deambular, es un acto que los lleva apoyarse sobre si mismos, tanto perceptiva como materialmente, en colaboración activa con el campo que se les abre paso y que es una forma de teorizar en sí misma (Ingold 2011b). Es esta forma de teorización la que creemos que es valiosa para visitar las maneras particulares que tenemos de relacionarnos con la naturaleza y el paisaje.

El reconocimiento de las presas, de las distintas especies categorizadas como cazables, conllevan diferentes métodos de efectuar la caza y de delimitar terrenos; así como también implica diferentes planes de organización y normas de seguridad. Quien realice la actividad cinegética debe estar familiarizado con el movimiento particular de cada animal, su comportamiento, sus olores; debe saber como posicionarse en el terreno, esconderse y así mismo saber reconocer la sensibilidad e inteligencia con la que a veces la presa los supera. Una consideración que los lleva a aproximarse a los animales de manera distinta a las clasificaciones y marcadores que el Estado utiliza. Este relacionamiento con el animal, que se encuentra trazado por la línea de huellas del cazador; que busca, al mismo tiempo, otra línea que potencialmente lo conduce a su presa es un conocimiento que los lleva a considerarse en muchas instancias como defensores de la naturaleza (Ingold y Palsson 2013). Pero no necesariamente la de una naturaleza prístina y pacífica contemplada desde la distancia, sino la de una que puede ser abrumadora y aterradoramente. Una con la que se mantiene un relacionamiento activo e íntimo, muy diferente a la que inicialmente comprendemos cuando invocamos la idea de paisaje dentro de un Parque Nacional.

Es un hecho que la práctica cinegética depende de la naturaleza, y por ende tiene una consideración distinta para quienes lo practican. Debido al entrelazamiento que los cazadores tienen con su medio, con la fauna cinegética, se ven forzados a compatibilizar en muchos casos con movimientos de conservación. Una asociación que, aunque parece extraña inicialmente, no es poco común en países europeos. En otros casos, sin embargo, la alianza no es posible o es más compleja debido a la poca alineación entre valores o estatus legal-administrativos del territorio. Un ejemplo claro de la problemática que imbuye a esta relación se dio en el proceso del Proyecto Isabela de las Islas Galápagos. Una iniciativa subvencionada por el fondo para el Medio Ambiente Mundial, que involucró un esfuerzo multiinstitucional entre el Parque Nacional Galápagos, la Fundación Charles Darwin, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el ministerio de Agricultura del Ecuador y el gobierno local de Galápagos (Bocci 2017, 424).

Inicialmente varios cazadores del archipiélago participaron en el equipo de erradicación impulsado por el Parque Nacional Galápagos que estuvo conformado por burócratas, científicos, veterinarios y pilotos. El objetivo, eliminar las cabras que habían acabado con grandes extensiones de vegetación y contribuido a la crisis alimentaria de las tortugas galápagos, especie endémica. La colaboración, de entrada, hacía sentido. Eran los cazadores quienes, a partir de su

práctica, se habían dedicado por años a perseguir y dar muerte a los chivos. Lo que implicaba, por ende, que conocían mejor que nadie el movimiento de la presa dentro de las islas. Sin embargo, lo que comenzó como una sociedad aparentemente satisfactoria, se convirtió en una protesta que impidió que el proyecto se llevara a cabo en otras islas (Bocci 2017). El motivo, la frialdad con la que el proyecto maneja a estos animales. Y es que la caza, después de todo, no es para quienes la practican, una muerte cruel de un ser indefenso ni tampoco una fría persecución razonada en donde la muerte es el objetivo.

Estas consideraciones, que los cazadores tienen con sus presas, no son ideas que el Estado u otras instituciones están dispuestas a albergar. La situación se complica más puesto que las apreciaciones varían de lugar a lugar. La visión del animal, el debate entre bestialidad y humanidad depende no solo del contexto, sino también de la situación en la que se encuentren puesto que tampoco es un estado inmutable. Un cazador, puede humanizar o bestializar a su presa dependiendo de la secuencia temporal en la que se encuentren (Sánchez Garrido 2009). Incluso esta lectura es una visión particular de la relación que se entabla entre humano-animal durante la práctica cinegética. De hecho, muy pocos académicos euroamericanos están dispuestos a aceptar la proposición de que los animales puedan calificar como actores conscientes capaces de entablar relaciones sociales con humanos (Sánchez Garrido 2006; Andiön 2003; Hell 2001). Un tema que requiere una reconsideración, dentro de las nociones antropológicas clásicas, sobre la construcción cultural de lo que constituye una relación social.

La posición dada a los animales con respecto a los humanos dentro de la literatura antropológica fluctúa entre una funcionalista-ecológica a una simbólica. Son vistos como organismos puramente biológicos cuya relación con los humanos se basa en su capacidad para ayudar a satisfacer sus necesidades de subsistencia, o como símbolos cuyo valor radica en ser metáforas para pensar en la sociedad humana. Pero la relación de los cazadores con los animales no es tan simple, en ciertas circunstancias parece ser que se ven a sí mismos inmersos en relaciones de intercambio recíprocos mientras que en otras ocasiones expresan creencias que parecen negar tales relaciones (Nadasdy 2007). En cualquier caso, es evidente que la consideración de estos como seres inteligentes con agencia propia falta en el acercamiento académico antropológico; uno que tiene la potencialidad de enriquecer el debate no solo de la rama sino de gestión de la naturaleza que como seres humanos parece que estamos tan desesperados por preservar.

Capítulo 3. “Yo cazaba en la pampa”: la práctica cinegética en Isabela - Galápagos

A Don Humberto Girón³ le enseñó a cazar su padre, Olmedo. Recuerda, aparentemente con poco esfuerzo, como desde los 12 años lo acompañaba a lomo de caballo por la pampa. “Tú eres muy joven, pero antes no había ni una enredadera de mora en el cura” me dijo la primera vez. Durante mi estadía de 5 meses en Puerto Villamil, pueblo principal de la Isla Isabela, conversé con seis cazadores distintos y varios habitantes nacidos y criados en el poblado; ninguno de ellos dejó de mencionar los cambios en el paisaje que habían presenciado y que también les habían transmitido sus antecesores a través de historias. La naturaleza narrada por ellos, en muchas circunstancias, se me hacía inimaginable. Un paisaje que intentaron explicarme hablando de cuevas encachadas, una hendidura formada por agua en la roca volcánica que solían usar para descansar durante los viajes de cacería⁴. O lugares como la cazuela, un lugar del camino antiguo que se asemeja a la olla que se usa para hacer fritada.

La isla, un lugar con el que creía que estaba familiarizada, se me presentó a través de sus relatos como un lugar enteramente nuevo. Uno que no conocía y que tampoco pude visualizar, físicamente, a través de mis propios ojos. Esta aproximación etnográfica tuvo el obstáculo de no haber podido presenciar un viaje de caza directamente, pero que decidió registrar, en cambio, las voces de quienes las llevan a cabo y dar protagonismo al sentido que le ponen a la actividad y su movimiento. Tres meses antes de mi ingreso al campo un reportaje periodístico publicado por el portal Periodismo de Investigación, enlazó el “asesinato de 15 tortugas *Chelonoidis guntheri*” con varios cazadores de la isla (Zurita 2022). Esta noticia abrió paso a una investigación administrativa, que causó revuelo en el puerto. La relación entre el Parque Nacional Galápagos (PNG) y aquellos que practican la actividad cinegética en la isla, ya de por sí tensa, se llenó de acritud.

Sin embargo, lo que inicialmente percibí como una desventaja y simple mala suerte, me permitió presenciar y escuchar con claridad las diferentes aproximaciones que estos actores tienen respecto a una misma naturaleza y paisaje. Mientras los funcionarios del Parque Nacional remarcaban la importancia de las zonificaciones, los puntos de control las normas de salubridad; los cazadores me relataban sus anécdotas de cacería, los caminos que abrían y usaban para

³ Seudónimo.

⁴ Comunicación personal, Puerto Villamil 27 de marzo del 2023.

conseguir agua y alimento, las plantas en las que dependían durante sus viajes y los encuentros que tenían con sus presas, así como con otros animales y seres. Esta diferencia de relacionamiento, y las tensiones que suscitan, se evidenciaron una vez pasada la suspicacia inicial con la que fui recibida. E incluso gracias a ella. Esta desconfianza originada por mis preguntas incluso causó, en ambos lados, que se especulara sobre si yo formaba parte de un trabajo encubierto.

Esta confesión, hecha en distintos momentos tanto por parte de funcionarios como por cazadores, hizo que cuestionara no solo la relevancia o pertinencia de mi etiqueta auto impuesta como lugareña – dado el hecho de que yo, particularmente, no he vivido en la isla desde que era pequeña – sino que me llevó a examinar hasta que punto la mención o mera premonición de la presencia del brazo punible del Estado hacía que los sujetos se blindaran y evitaran cualquier conexión con actos cuestionables dentro del territorio protegido del Parque Nacional. El artículo de prensa se convirtió en una especie de tabú que no fue mencionado incluso cuando revelaron sus sospechas sobre mí. El cuidado sobre la mención del tema no era una reserva mantenida solo conmigo, me aseguraron varias personas de la isla, sino que no se trataba con personas por fuera del círculo de cazadores por temor a nuevas implicaciones. La presencia del Estado, las prohibiciones y las disposiciones dispuestas por la oficina técnica del PNG siempre estuvieron presentes en todas las conversaciones mantenidas. En los siguientes apartados, expondré y analizaré los relacionamientos de ambos actores, así como sus reacciones frente a la figura omnisciente del Estado.

3.1. Reses, chanchos, chivos y trillos

“A las reses hay que saber pegarles, sino se van contra ti” me repetía Don Humberto cuando iba a visitarlo en el restaurante de su hija Gloria. Con sus 89 años se presentaba ante mi mirada como un hombre fuerte, de estatura baja y curtido por el sol. Su padre Olmedo Girón, quien le enseñó a cazar, es uno de los sujetos más recordados por parte de mis interlocutores isleños.

“Cogía el cacho y lo hacía sonar, entonces sabías que tenías que ir a La Esperanza a recoger tu porción” me relató Juano Tupiza que, con 62 años, dice que recuerda a Don Olmedo como un hombre imponente pero amable (notas de campo, Puerto Villamil, 24 de enero de 2023). Hasta la década de los ochenta, una de las funciones de los cazadores era proveer a la población de carne. Cada familia de la Esperanza, los Tunos y de la playa eran acreedores de un pedazo de pierna,

otro de brazo, una costilla y un hueso. La caza, en aquella época no estaba reservada para pocos, cualquiera que tuviera la habilidad podía ir un poco más allá del Cura y conseguir una presa para repartir entre amigos y familiares. Sin embargo, había individuos como Olmedo Girón duchos en la práctica, que habían hecho su vida en función a la cinegética. “Todos colaboraban con algo, se le daba un burro o a cambio se le daba lo que se producía en las fincas” recuerda también Juliana⁵, esposa de Enrique Girón⁶ primo de Humberto (notas de campo, Puerto Villamil, 19 de enero de 2023). El cuero, sin embargo, era la razón principal por la que Olmedo, y luego sus hijos, se dedicaran casi a tiempo completo a la caza.

El cuero de vaca era un artículo preciado por los cazadores, tanto porque con ellos hacían los lazos con los que luego atrapaban a sus otras presas, como porque significaban un ingreso cada que llegaba el barco y tenían la oportunidad de salir a Guayaquil a venderlos. Don Humberto recuerda que tenía un conocido del camal de la ciudad porteña que hacía de enlace con el para la venta. Sin embargo, el énfasis de sus relatos no estaba en la comercialización del cuero sino en él corriendo por la pampa, montado en su caballo y acompañado por sus perros siguiendo un rastro. “Mi padre no me dejó hacerlo solo hasta que tuve 18 años, los toros de esa época eran bien fieros” me afirmó (notas de campo, Puerto Villamil, 20 de enero de 2023). Cuando era un niño, recuerda que su padre acostumbraba a llevarlo en el anca de su caballo. Recuerda haber sido el encargado de las vetas y los piales⁷ de su padre y luego de su hermano Zambo.

“Mi hermano Zambo fue el mejor cazador que conocí” afirmó con orgullo Don Humberto. Uno de los recuerdos más claros que tiene de él es cuando hizo que un torete lo embistiera, una experiencia que insiste fue necesaria para que él aprendiera a cazar mejor. “Yo les tenía miedo a los cachos, mi hermano me molestaba por eso, me decía que no fuera flojo” cuenta. “Nos encontrábamos enlazando al animal y me mando a segundear⁸ para mandarlo al suelo. Pero cuando me acerqué, en vez de jalar la veta la cortó. El animal se fue encima mío, pero yo me defendí con los pies a pesar de que estaba en el suelo.” Su hermano Zambo solo intervino al final, cuando Humberto tenía cogidos los cuernos con sus manos y pateaba al animal. “Se reía, mientras me decía; ¿si ves que no te hizo nada? ¿si ves que te defendiste? Para eso sirven los

⁵ Seudónimo.

⁶ Seudónimo

⁷ Lazos hechos de cuero de vaca. Las vetas son largas, aproximadamente de uno a dos metros, mientras que los piales son más cortos y sirven para amarrar las patas de los animales una vez que están tumbados.

⁸ La práctica de asegurar el toro o vaca con otro lazo o cuerda.

pies” (notas de campo, Puerto Villamil, 21 de febrero 2023). Esta anécdota particular, aunque inicialmente puede parecer peligrosa e innecesaria, en el marco de una actividad tan riesgosa como la caza es considerada por Don Humberto como vital. De acuerdo con su relato, uno de sus mayores deseos desde que tiene memoria era seguir los pasos de su padre y hermano. Tenerles miedo a los cuernos, al grado en que no quería acercarse, no solo le impedía ser un ayudante activo en los viajes, sino que podía poner potencialmente en riesgo tanto su vida como la de sus acompañantes. La experiencia a la que su hermano Zambo lo expuso en el marco de esta lógica tiene sentido y, después de todo, también tomo lugar con un animal joven dentro de un ambiente controlado. Ser cazador, aprender a serlo demanda percibir el mundo de una manera en la que el conocimiento no se desliga de las dinámicas del movimiento (Ingold 2015).

La caza involucra respuestas corporales aprendidas, hexis corporales particulares que produzcan respuestas instintivas durante la práctica, si se quiere precautelar la vida (Ingold 2011b). Saber enlazar, es una habilidad que se adquiría no solo en la elaboración de las vetas de acuerdo con Don Humberto. Parte importante del saber, puesto que solo así podías moldear su elasticidad y resistencia, estaba en la práctica y realización de otras actividades cotidianas por fuera de los lugares de cacería. Así mismo saber segundear para luego poder postear⁹ al animal rápidamente, requería de no solo un dominio práctico de estas actividades – una destreza que se pulía constantemente a través de los años – sino también de la pérdida de miedo a los cuernos de la res. Una que te llevara a poder cortar la punta filuda a los cuernos del animal sin rechistar, un habitus particular. Álvaro Cartagena, otro cazador veterano, coincide con Don Humberto al respecto. El afirma no haber aprendido bien a enlazar dado que lo mandaron a San Cristóbal y luego a Quito durante su adolescencia, pero afirma haber sido un ayudante eficaz. “Segundear no fue nunca un problema para mí, descorbar¹⁰ tampoco” me cuenta.

Álvaro, quien actualmente tiene 70 años, me relató también como iba con su padre desde pequeño a la montaña. “Me llevaba desde los 6 años con él, le bromeaban que me cargaba como un saco” recuerda sonriendo. “No había nadie que se supiera mejor los caminos y trillos que él, siempre andaba caminando a todas partes” (notas de campo, Puerto Villamil, 3 de marzo de 2023). Pedro Cartagena, a quien rememora con cariño, fue uno de los primeros sujetos de la isla

⁹ Cortarle la punta del cuerno a una vaca o toro, esta práctica fue mencionada varias veces por algunos cazadores mayores a 50 años.

¹⁰ Cortar el tendón de una de las patas traseras a la vaca o toro.

que acompañaron a funcionarios de la UNESCO a realizar censos de las poblaciones de especies nativas. También era un trampero y cazador experto. “Para elaborar las trampas el usaba el cuero de la vaca” me cuenta. “La secaba y la cortaba en círculos grandes, y la volvía a poner a secar. Una vez que estaba seco, agarraba un palo y le daba vueltas. Increíblemente aún salía agua. Una vez que estaba tensado, se hacía una cuerda que se ubicaba entre los trillos por donde andaban las vacas y los chanchos”. Las trampas, me indica, tenían que ser ubicadas tomando en cuenta la altura de la trompa del animal. “Si es más arriba no sirve, la trampa debe ser circular. Se debe ubicar entre dos árboles, tienen que ser fuertes sino corres el riesgo de que el animal lo arranque de raíz” (notas de campo, Puerto Villamil, 10 de marzo de 2023)

El uso de trampas que Álvaro narra es una práctica que aún se utiliza entre los cazadores. Ya no usan vetas de cuero de vaca, las han reemplazado por cuerdas y sogas fuertes. Tanto Álvaro como Don Humberto mencionaron que la proliferación del uso de trampas es porque la montaña se empezó a cerrar. “Yo no usé trampas jamás, cazaba a caballo con mis perros. Si lograban tumbar al animal antes de que yo le diera alcance usaba el puñal y se lo clavaba en la yugular a la res. Sino tenías que enlazar o dispararle, y para eso tienes que estar pendiente de los ojos y la cabeza porque pueden cambiar de dirección de repente y te embisten” me explicó Don Humber, como prefería que le llame (notas de campo, Puerto Villamil, 21 de febrero de 2023). Para que la actividad cinegética se logre era necesario conocer al animal, sus movimientos, preferencias y un sinnúmero de otras particularidades. Estas consideraciones, los llevaban no solo a buscar una mejor manera de atraparlos sino que les habilitaba reconocer las sensibilidades e inteligencia de su presa y como se movían por la montaña (Ingold y Palsson 2013). El reconocimiento del cambio de la parte alta de la isla fue un tema constante en las conversaciones también. Mientras Don Humberto recordaba haber “andado entre la piedra volcánica y la pampa”, Álvaro hablaba mas de una montaña llena de espinos en la que andar a caballo galopando era complicado.

Las caracterizaciones hechas en torno a los paisajes dependen de la presa, por supuesto. Las zonas con mayor presencia de piedra volcánica tenían más chivos, y así mismo, eran lugares en los que había que tener más cuidado puesto que había partes en que la piedra era fofa. “Podías caerte y nadie nunca iba a encontrarte. A muchos animales jóvenes les pasa” me mencionó Pablo Ramiro¹¹ un cazador de 55 años que ha vivido tanto en Isabela como en Santa Cruz. La técnica

¹¹ Seudónimo.

para coger chivos ya no es practicada en Puerto Villamil debido a que el animal fue exterminado, pero si es recordada por mis interlocutores. “Son animales escurridizos, increíblemente rápidos. Tienes que sorprenderlos en realidad, no sé bien por qué, pero en la noche se ponen bobos así era más fácil” me asevera Pablo (notas de campo, Puerto Villamil, 2 de marzo de 2023). El reconocimiento de la inteligencia de este animal, así como de las maneras en las que se las ingeniaba para escapar no solo de los cazadores sino también de la acción exterminadora del Estado fue remarcado por casi todos los interlocutores. Este tipo de énfasis sugiere que la aproximación que los cazadores tienen hacia estos animales es bastante distinta a las clasificaciones del estado, llegando incluso a ser contrastantes. Así mismo, el hecho de que se haya remarcado su agilidad y sagacidad, nos lleva a observar que el relacionamiento con el animal – incluso como presa predilecta – no desdibuja su consideración como ser sintiente con el que se genera un enlace cercano e íntimo que no es aprehendido por la idea de paisaje prístino impuesto por el Parque Nacional (Ingold y Palsson 2013).

Los chivos son un tema delicado para los cazadores de la isla, siendo siempre mencionados durante nuestras conversaciones con una mezcla de pena y desaprobación. Para Pablo fue un error el proyecto Isabela, durante su tiempo como funcionario en el PNG había formado parte de varios proyectos de control, pero ninguno de ese calibre. “Los chivos al igual que los chanchos y las vacas fueron introducidos hace bastante tiempo por los bucaneros. Deben tener más de 100 años en contacto con las especies endémicas, se han acostumbrado unas a otras. Se han adaptado al igual que nosotros a las islas, al matarlas abruptamente se produjeron más problemas” asegura Pablo (notas de campo, Puerto Villamil, 15 de marzo de 2023). Su paralelismo entre chivos y personas es ilustrativo, no solo porque ya había sido mencionado antes en otras investigaciones (Bocci 2017) sino porque también añade profundidad a la relación que hemos ya mencionado con esta presa/especie. La cabra ha sido un animal que ha sido cazado y consumido por los isleños, fue criada durante ciertos periodos por los habitantes de acuerdo con lo compartido por Don Humberto y Álvaro. La familiaridad con la que se habla de ella, la caracterización de este animal como uno astuto y hábil se contraponen ante la etiqueta, más bien plana, de especie introducida que el PNG y otros organismos de conservación le dan.

La relación que los cazadores de la isla tienen con las presas no son simples, ni pueden definirse con la misma facilidad que las mantenidas entre el parque y ellas. La caza y darle muerte a un animal requiere una destreza que solo se obtiene con la práctica constante de la actividad en la

parte alta de Isabela, una característica repetida constantemente por mis interlocutores. Poder seguirle el rastro a una res, a un chivo o un puerco, saber las distinciones entre las técnicas para atraparlos, conocer cuales son los horarios más convenientes, así como las diferencias entre los terrenos predilectos de las especies. Todo esto genera un entrelazamiento con la presa que fluctúa constantemente y encierra un nivel de apreciación y respeto, generalmente evidenciado cuando narran las veces en las que sus presas los desafiaron y vencieron durante los viajes de caza. Lo que los convierte en cazadores, no se define por la cantidad de veces en las que regresan victoriosos de sus viajes, sino la relación particular que mantienen con sus presas y medio. Es un deseo, una especie de empuje que los impulsa hacia la actividad y que no requiere que se mate al animal para poder decir que se sabe cazar (Sánchez Garrido 2009).

Al exponerme sobre su técnica predilecta para cazar chanchos, Pablo recuerda sobre la vez que uno de ellos lo condujo hacia una grieta. “Yo estaba abriendo el camino con mi machete, cuando escuche a los perros adelante mío y el animal ese se metió por una cueva. Lo seguí y de repente me fui de largo” me cuenta, mientras afirma haber tenido suerte porque el hueco no era tan profundo y cayó parado. “mi coronilla era lo único que sobresalía, mis perros regresaron por mí, por suerte había una mata de guayabo que pude usar para salir de allí”. En su historia, el remarca que el animal le tendió una trampa, la vegetación era espesa y solo los chanchos la abren con facilidad haciendo túneles bajos que los cazadores usan para ubicarlos y como punto de apoyo para abrir camino. “No es tan complicado, pero si hay mucha mora y espinos es diferente” me aclaró. La presencia de grietas y túneles de lava son conocidas por los cazadores en lugares como las torres, el mocho y pampa larga, nombres de lugares puestos por ellos mismos. Por ello Pablo dice que si algo le hubiera pasado hubiera sido culpa suya, “y si la grieta era más profunda de verdad no estuviera para contarlo” (notas de campo, Puerto Villamil, 24 de marzo de 2023).

Cada cazador tiene zonas predilectas de caza, lugares que conoce bien pero que constantemente cambian según sus relatos. El avance de la mora y espinos fue una remarcación constante entre mis informantes. Que cada vez haya menos cazadores contribuye a que los caminos vayan desapareciendo, lo que no necesariamente impide el avance de las presas como los chanchos, por ejemplo. “Esos animales tienen la piel gruesa y se mueven con rapidez” mencionó más de una vez Pablo, quien además lamenta el tema de los caminos porque hace que sus perros cazadores tengan menos espacio para moverse y sean más susceptibles a la embestida de los puercos. “Para cazar a los chanchos ariscos necesitas perros, perros hábiles que sepan morderles el costado o

entre las patas delanteras” me afirmó Pablo Ramiro. Embarrarles el hocico con sangre de puerco a los perros que ya han mostrado habilidad para someterlos es una costumbre entre los cazadores. “Tú vas viendo ya en la finca si le tiene miedo o no a los chanchos, si es hábil y ves que sabe seguir rastro al año ya lo llevas con otros perros más experimentados a cazar para que aprenda” (notas de campo, Puerto Villamil, 24 de marzo de 2023)

El ganado arisco y los chanchos ferales son las presas predilectas de los cazadores hoy en día, sin embargo, atrapar a estos animales se complica a medida que pasa el tiempo por los cambios en el terreno. A pesar de ello los cazadores afirman que es parte de la actividad, en un viaje de caza la exploración y avance sin rumbo concreto es la forma en que se mueven. Un deambular en el lugar que debe involucrar todos los sentidos. La pasión en el énfasis que Antonio Falcón¹² pone, por ejemplo, en el avance por el lugar como una exploración constante indica una mezcla de sensaciones y emociones corporales activas. “Tu avanzas hasta que te cansas, caminas no más eso si viendo todo” me dice, siendo catalogado como uno de los cazadores más activos de la isla, además de ser presidente de la asociación de cazadores. Para él, el viaje de cacería solo se termina cuando todos los que fueron han obtenido su parte remarcando la experiencia profundamente liminal que es un viaje de caza que involucra a una serie de personas en persecución ciega hacia un objetivo (Sánchez Garrido 2006). “La ida es una búsqueda por todos lados, el regreso si es recto. Vas recogiendo la presa que dejaste amarrada, solo de regreso matas al animal” me explica, mientras sostiene también que cada vez es más complicado por cómo se van cerrando de caminos (notas de campo, Puerto Villamil, 27 de marzo de 2023). Cuando el va, siempre dejan abiertos nuevos trillos con picas¹³ para el resto, pero no es suficiente puesto que la vegetación es más rápida y constante que ellos.

Los caballos han cambiado su función por esta razón, son más una forma para andar por los trillos. Cuando se está encima del rastro de un animal es más conveniente ir a pie con los perros, según su versión. “Los perros siempre van más adelante buscando, cuando se alejan uno debe estar atento porque han identificado algo, una vez que empiecen a ladrar uno tiene que bajarse rápido de la montura y correr a donde estén. Con el estado de la montaña actual es peligroso ir a caballo porque puedes no ver bien al animal. Tienes que sorprenderlo, y que no se te vaya de

¹² Seudónimo.

¹³ Señal hecha con un puñal en un árbol para indicar el camino. Generalmente se hacen cuando van dos o más cazadores, mientras uno abre el camino con un machete el otro va dejando las marcas en los árboles.

frente. El perro venteador¹⁴ es el que va al frente, ese es el más valioso” detalla Antonio.

“Apenas entra a la montaña el perro alza su nariz y ubica a la presa. El corre y lo aguanta hasta que llegan los otros, los guindadores¹⁵. Esos son perros macizos que se abalanzan, al final llegas tu y terminas el trabajo” (notas de campo, Puerto Villamil, 27 de marzo de 2023). El chanco, según explicó de acuerdo con su experiencia, nunca deja su retaguardia descuidada. Sus patas delanteras son macizas y usa sus colmillos para arremeter contra el que se venga; por ello tanto los perros como el cazador deben mantener su distancia.

Los relatos sobre enfrentamientos fallidos e incluso peligrosos con sus presas abundaron en las conversaciones con mis interlocutores. Las embestidas por parte de chancos y reces son más un gaje del oficio que un evento extraordinario de sus vidas. Sin embargo, en los relatos de los cazadores más experimentados se repetía una historia que no involucraba un animal particularmente astuto, sino que más bien un ser evidentemente sobrenatural transfigurado en la presa. Antonio fue uno de los cazadores que más énfasis puso en torno a este tipo de encuentro, uno que sostiene no solo le ha pasado a él, sino que ha crecido escuchando en su familia. La historia que más recuerda es la del último viaje de cacería de su padre, “Habían escuchado el rumor de un toro bravísimo, así que mi padre y 4 compadres de él fueron a buscarlo” narró. Su padre le había contado que cuando lo encontraron, los rumores no le habían hecho justicia al animal puesto que era más grande y robusto de lo que se decía. Cuando se toparon con él no perdieron el tiempo y todos lanzaron sus cuerdas para temparlo. “Generalmente el primero que enlaza tiene el honor de ir a amarrarlo” me aclaró Antonio, afirmando que fue su padre quien logró la hazaña. Pero de alguna manera el toro se soltó, a pesar de que los amigos de su padre lo tenían sujeto y embistió a su padre, quien se había bajado del caballo para ir a asegurarle las patas. “Nadie entendía como había podido soltarse de las 4 sogas, era imposible” sostuvo solemnemente, mientras procedió a contarme como el animal había rasgado las ropas de su padre quien le aseguró que, como contramedida, se agarró de las bolas del animal hasta que uno de sus acompañantes pudo acercarse lo suficiente para subirlo a su montura. El toro se había esfumado de repente del lugar, los viajeros regresaron sin presa, pero con la certeza de que se habían

¹⁴ Denominación local de un perro rastreador con la destreza de ubicar a la presa en función al cambio del viento.

¹⁵ Denominación local del perro que acorralla y acosa a la presa hasta someterla, generalmente es un perro corpulento.

enfrentado a un ser sobrenatural y habían resultado airosos. “Ellos estaban seguros de que fue el diablo” concluye Antonio (notas de campo, Puerto Villamil, 30 de marzo de 2023).

El relato no es solo interesante porque enuncia perfectamente la posibilidad del encuentro con un animal arquetipo, que podría considerarse un evento universal entre comunidades cinegéticas (Jiménez de Madariaga 2005). Sino también porque el encuentro con este animal marcó el final de la vida como cazador de su padre, como si de un rito de paso se tratara, uno que le concedió ser reconocido como un maestro. Una cualificación que, de acuerdo con Antonio, pero también de otros cazadores como Álvaro, se había ganado por la pericia que tenía pero que se selló por completo en el momento que la historia de su enfrentamiento con el diablo se esparció. El padre de Antonio había sido embestido por un toro, se había agarrado de los genitales de este y había sobrevivido. La retórica con la que la historia cuenta dice mucho en torno al encuentro liminal de la caza, pero particularmente de esta última vez del padre de Antonio, uno que así mismo está evidentemente asociado a la masculinidad del protagonista además de su condición como cazador experto.

Estas historias y relatos abundan entre los cazadores. Historias que son comunes entre ellos, y se transmiten como conocimiento popular, como advertencias también a otros cazadores más jóvenes. Antonio al igual que Don Humberto me contaron múltiples veces como su recomendación con los cazadores más jóvenes es que cuando están en la montaña y los perros se portan raro o hay sonidos extraños es mejor regresar. Las historias que acompañan estas alertas siempre están acompañadas por encuentros con seres sobrenaturales que terminan mal, sea una caída, o la pérdida del caballo o perro. Sin embargo, no todos los relatos tienen esta carga ominosa, también proliferan las anécdotas jocosas y grandilocuentes relacionadas a los viajes. Gabriela, hija de Antonio, afirma que desde que tiene memoria recuerda a su abuelo, tíos y padre riendo y contando en la hora de la comida sobre sus últimas hazañas de cacería. “Hay lugares que recuerdo mencionaban que yo no conozco, se han perdido” me dice, sonriendo (notas de campo, Puerto Villamil, 30 de marzo de 2023).

Ella acompañó a sus tíos y padre a cazar desde que tenía 9 años, “mi padre me dio una yegua desde muy pequeña para que aprendiera a andar” me cuenta. Ninguno de los hombres de su familia puso particular reparo en el hecho de que fuera mujer y le atrajera la caza, afirma. A sus 27 años recuerda la primera vez que la llevaron, para ese entonces había escuchado un sinnúmero

de veces las anécdotas de su familia. Los Falcón, son la familia de cazadores más prolífica de la isla, y quienes mantienen la práctica viva, a pesar de que entre los más jóvenes se está perdiendo la adscripción a la actividad. Gabriela es perteneciente a la penúltima generación, en la que solo 3 primos más adicionales a ella mantienen el estandarte cinegético de la familia. Una de las causas de esta reducción es que la mayoría de ellos ya no viven en la parte alta, crecen en la playa. El estar constantemente en un contexto agrícola y de campo, además de la socialización de determinadas habilidades en conjunto a la continua escucha de relatos y anécdotas, es clave para despertar el deseo de cazar según mis interlocutores. “Somos gente de campo” me repitieron más de una vez, gente que se adentra inicialmente a la montaña con familia y amigos que comparten el mismo gusto por explorar y andar entre matorrales (notas de campo, Puerto Villamil, 4 de abril de 2023). Un paisaje que cada vez es más inaccesible no solo por las tensiones con el PNG, sino por el avance de la mora que con sus espinos expulsa cada vez más a los humanos que tan bien conocían sus senderos, una enredadera de arbustos que sin embargo no hace lo mismo con los chanchos y las reses. Animales que para el parque nacional son una liabilidad constante, debido a los impactos ecosistémicos que se les asocia, y que para los cazadores son un relacionamiento que poco a poco están perdiendo.

3.2. “Eso está prohibido”

El desplazamiento de los cazadores, no obstante, es problemático para el Parque Nacional Galápagos. A pesar de las regulaciones impuestas y los permisos requeridos, el monitoreo de estos sujetos, mientras realizan su actividad, no llega a los niveles de control que les gustaría poseer para mantener las zonas protegidas lo más prístinas posibles. Una de las remarcaciones más persistentes de los funcionarios del PNG con los que pude conversar fue la imposibilidad de verdaderamente saber si los sujetos que ingresan a cazar se quedan en las zonas designadas puesto que no cuentan con suficientes guardaparques que supervisen in situ. La oficina técnica del Parque Nacional se encarga de registrar y emitir los permisos de caza. Vladimir¹⁶ jefe del departamento de ecosistemas se encarga personalmente de entregarlos posterior al pago de una taza de dos dólares.

Dentro de los lineamientos para obtener la licencia esta: ser residente permanente de las Galápagos, registrar un responsable directo del viaje de cacería, documentar la cantidad de

¹⁶ Seudónimo.

perros con los que ingresa y sale, traer como evidencia las 2 orejas de los animales introducidos atrapados y comprometerse a ingresar y salir por las casetas de control del Cura y el ocho. Es en este último punto en el que existe el mayor desacuerdo pues, mientras que para el parque nacional está simplemente prohibido salir de las zonas que los cazadores especifican en su permiso; para los sujetos que practican la caza no es tan simple, puesto que esta es en si misma una exploración sin un rumbo fijo, si bien tiene un objetivo. El parque nacional tiene un acercamiento al territorio que lo subdivide entre zonas intangibles, de conservación y transición (“Sistema de Zonificación de las áreas protegidas de Galápagos” 2016). El mapa que sirve de representación gráfica de esta subdivisión, aprobado por un acuerdo ministerial en el 2016, ocupa casi una pared entera de las oficinas técnicas del PNG de la Isla Isabela, los límites son claros.

Para los cazadores, sin embargo, la lectura del terreno en el que se mueven está codificado bajo otros principios. Unos no enteramente desconocidos por el PNG en tanto se han filtrado en los permisos de caza que expide. Los nombres de los lugares que aparecen en todas las autorizaciones no aparecen en el mapa de subdivisión vigente, tampoco aparecen en ningún otro mapa que maneje nacionalmente el Estado. Son propios de las islas, son de uso vernáculo y han sido construidos en base a la exploración de sujetos como los que se acercan a diario a solicitar el permiso de cacería de especies introducidas. Personajes como Pedro Cartagena, Arnaldo Tupiza y Jacinto Gordillo son reconocidos no solo dentro de la comunidad cinegética, sino que son instituciones para los funcionarios del parque que los reconocen como precursores de la labor del PNG.

Álvaro los recuerda claramente en sus historias puesto que los acompañaba todo el tiempo siendo un niño y luego como adolescente. “Se iban de campamento por días, yo los acompañaba y me traía los caballos. Se quedaban por allá marcando y contabilizando los especímenes” me relató (notas de campo, Puerto Villamil, 3 de marzo de 2023). Uno de los lugares que visitaban con mayor asiduidad era Cerro Azul, donde según los registros del PNG, hay una gran presencia de tortugas galápagos hasta la fecha. De acuerdo con los relatos de Álvaro, los contrataron primero por la UNESCO y luego por parte del PNG puesto que conocían extremadamente bien los caminos y la zona. “Ellos iban, hacían su trabajo de conservación y de regreso cuando yo los recogía veníamos matando una res” recuerda (notas de campo, Puerto Villamil, 3 de marzo de 2023). Su movimiento por los lugares, al igual que el de otros cazadores, creó una nomenclatura

distinta del territorio. Dio paso a que se aceptaran las denominaciones locales como pampa larga, cerro milagroso, la llanta, callejón del puerco y muchos otros que dan fe de la colaboración activa que estos sujetos tienen con el campo y con la labor de visibilización del territorio para el Estado.

El movimiento de Pedro, Jacinto y Arnaldo no fue el único que resultó útil, Pablo nuestro interlocutor de 55 años quien también estuvo asociado con el parque durante un periodo significativo de su vida recuerda orgullosamente haber acompañado a varios científicos por zonas de interés. “Nos íbamos a Cerro Azul, la cazuela o por la llanta a ver flora y fauna. A contabilizar a las tortugas, a los gavilanes... a distintas especies” rememora, y procede a contarme que una vez recorrió toda la caldera del Sierra Negra para ubicar aparatos que hacían mediciones de los movimientos telúricos (notas de campo, Puerto Villamil, 15 de marzo de 2023). Su conocimiento de la zona, producto de su deambulamiento por la isla, permitió que muchas de estas actividades de monitoreo oficial del parque fueran posibles.

Los caminos abiertos y utilizados por los habitantes de la isla, aquellas zonas en las que desde siempre los cazadores han sabido que existe convivencia entre varias especies, fueron luego resignificadas por el PNG. La ruta de los humedales, por ejemplo, uno de los puntos turísticos más concurridos de la isla, por donde pasan cientos de turistas diariamente. Entre las décadas de 1920 a 1930 era usada como segunda vía para bajar a la playa, Don Humberto recuerda haberla preferido no solo porque era más plana sino porque al inicio de ella se podía encontrar bastantes reses. Este camino, utilizado y preferido por aquellos que contaban con caballo -puesto que era más largo- fue resignificado y reapropiado por parte del parque y, actualmente, no admite la presencia de lugareños que practican cacería. Esta prohibición, realizada en los 2000, ha sido objeto de conflicto entre el Parque y los cazadores. Javier¹⁷, uno de sus funcionarios y encargado de la oficina de Uso Público, me narró la disputa que tuvo con un cazador que ignoró la directriz. “Lo vi saliendo a caballo del punto de control del final de la plata, eso está prohibido” me dijo, y añadió que amenazó con llamar a la policía lo que puso nervioso al cazador. “Empecé a grabarlo mientras salía y me insultó, me dijo que yo no era de aquí y por lo tanto no podía decirle que hacer” recordó molesto (notas de campo, Puerto Villamil, 28 de febrero de 2023). La situación escaló al punto en que el cazador trató de embestir a Javier quien se lanzó a una duna de arena

¹⁷ Seudónimo.

para evitarlo. El evento termino siendo registrado en un informe oficial. Este tipo de comportamiento denota una tensión clara entre ambas partes y si bien de acuerdo con lo expresado por los funcionarios del parque no son comunes, tampoco puede decirse que son aislados en su totalidad.

La remarcación por parte del cazador de que Jorge no es del lugar es interesante en tanto el PNG no reconoce que las Galápagos tienen población nativa. Los asentamientos de la isla son relativamente recientes, el más antiguo tiene alrededor de 100 años y están compuestos por migrantes de todas partes del Ecuador y del mundo. Los residentes permanentes, sin embargo, remarcan su pertenencia resaltando las condiciones tanto materiales como inmateriales que han superado sin ninguna injerencia del Estado. Así mismo, la creación y nombramiento de lugares las atribuyen enteramente al andar de ellos, de sus antiguos. Una denominación utilizada más de una vez en el campo que resulta curiosa por su insistencia y; en el marco de la siempre presente remarcación institucional de que la palabra no debe ser usada, puesto que denota una historia humana mucho mayor que la registrada en las islas.

La prohibición de la práctica cinegética en ciertas zonas se ha ido extendiendo, particularmente en las zonas de convivencia entre animales introducidos y endémicos. Lugares como Iguana, la cazuela y la llanta conocidos entre los cazadores por la presencia de sus presas ahora ya no se encuentran habilitados para la práctica. El parque tiene suspicacias en torno a que animales están o no cazando, y de que tanto ayudan a los esfuerzos a la eliminación de chanchos y reses. “No hay que engañarnos, yo he hablado con cazadores y ellos me dicen que dejan a la hembra viva. ¿Como se va a erradicar el problema entonces?” cuestionó Javier en una de nuestras conversaciones, y no está equivocado en su totalidad (notas de campo, Puerto Villamil, 2 de marzo de 2023). La lectura que, como funcionario, hace de la situación y problemática de las especies introducidas no es la misma que hacen los cazadores. Para ellos, matar a una hembra, a una cría o a un animal lastimado no se admite con la misma facilidad.

La presencia de animales introducidos en espacios atribuidos a especies endémicas y nativas es una de las preocupaciones base que el PNG tiene, minimizar su presencia es imperante si se quiere recuperar el paisaje a su condición prístina previa. Este magnánimo objetivo, tiene por supuesto respaldo científico. Es un hecho fáctico que la presencia de vacas y chanchos inhibe el desarrollo de las tortugas galápagos, la existencia de estas especies invasoras limita la ingesta

calórica de los reptiles y destruye los nidos de las tortugas terrestres que, además, se encuentran en peligro de extinción. Y, sin embargo, una de las imágenes visuales que me transmitieron en forma de relato fue como estos animales conviven uno a lado de otro en las zonas de monitoreo. “Caleta Iguana es curiosa en realidad, cuando uno va para allá puede ver a los galápagos y a las vacas una a lado de la otra. Se pasan por encima, como si no se molestaran” me dijo Javier en una de nuestras conversaciones (notas de campo, Puerto Villamil, 28 de febrero de 2023).

La reflexión de Javier, funcionario del PNG, es compartida por varios cazadores, como si buscaran remarcar la diferencia de aproximación que puede haber ante una realidad. No niegan la afectación que sus presas predilectas tienen en las especies endémicas, están conscientes de ella; pero la diferenciación, e incluso la jerarquización, que el parque hace respecto a ellas no es replicada por los que realizan la práctica cinegética. Parecería que para ellos son animales con los que se relacionan de maneras distintas, a veces como presas, otras no. Pero dignas de consideración, merecedoras de observación y respeto. E incluso defensa. Pablo recuerda haber visto múltiples veces, cuando se iba de caza, como los chivos se comían los espinos de las enredaderas; afirma que debido al avance de la mora al galápagos también se les complica conseguir alimento. Una situación que a veces es remediada por los caminos que abren estas otras especies, “los chanchos forman sus túneles por donde sea, yo no paso por ahí, pero la tortuga si” sostiene, por eso según su lógica fue un error el proyecto Isabela, demasiado drástico afirma (notas de campo, Puerto Villamil, 15 de marzo de 2023). Cuando estas especies, según su opinión, han aprendido a convivir entre ellas.

3.3.Los funcionarios y la asociación

En la isla Isabela existe una asociación de cazadores hace 4 años, esta asociación con personería jurídica fue formada, según su presidente Antonio Falcón, por dos razones principales. La primera por una recomendación que recibieron de parte de un amigo suyo de Santa Cruz quien les dijo que era conveniente organizarse para que no vuelva a pasar un proyecto Isabela. “Allá se organizaron primero por un proyecto de erradicación así mismo de chivos” me cuenta. La segunda razón, y la más inmediata, fue por un conflicto con los ganaderos locales quienes sentían que sus ventas estaban siendo afectadas por la oferta de carne arisca. “Don Toro fue a pedirles que prohíban la cacería” me manifestó Antonio, quien decidió reunir a los que se dedicaban a la actividad y preguntarles honestamente a cuánto estaban vendiendo y a quién. “La

mayoría vendía a dos dólares la libra, nadie vendía a restaurantes o tiendas. Únicamente a gente que pedía con anticipación” afirmó, agregando que la carne de criadero es más barata que la de las reces ferales que ellos atrapan. “Nos reunimos con Don Toro y al final el entendió que no había perjuicio” (notas de campo, Puerto Villamil, 27 de marzo de 2023).

Sin embargo, la situación pudo haber escalado a más, puesto que dentro de las regulaciones de la actividad está que los cazadores no pueden comercializar la carne de sus presas. Dentro de zonas protegidas como el Parque Nacional Galápagos, la actividad solo está permitida por razones culturales/ancestrales o para controlar las poblaciones de especies introducidas. Para los residentes de Isabela, solo se admite la actividad en función a la última opción. Los cazadores, no obstante, no están de acuerdo del todo con estos condicionamientos. Durante las conversaciones mantenidas con ellos, la rememoración de esta práctica que empezó con sus bisabuelos para sortear la falta de abastecimiento que había en las islas se mencionó siempre con mucho orgullo. “Siempre fue una forma de sustento” me dice Gabriela, quien además recuerda que entre las historias que escuchó desde pequeña le transmitieron como se volvía una fiesta comunitaria ir a recolectar la porción de carne. “La gente se reunía, se enteraban de lo que pasaba con las otras fincas, se ponían a apostar. Era su forma de hacer comunidad supongo” añade efusivamente durante una de nuestras conversaciones (notas de campo, Puerto Villamil, 30 de marzo de 2023).

Para los funcionarios, estos relatos no marcan una diferencia, la consigna dada desde la institución es simple y directa: no se admite venta, no es una práctica ancestral. La creación de la asociación no hace ninguna diferencia para ellos tampoco, me manifestó claramente el director de la oficina técnica del PNG. Todo aquel que tenga un carné de residencia permanente puede ingresar a hacer cacería, siempre que cumplan la normativa de control. Cuando mencioné que el presidente de la asociación me había dicho que uno de sus planes era presentar propuestas al parque, el director se mostró escéptico. Luego me enteré por parte de Antonio, que habían realizado un acercamiento pero que no había progresado porque les manifestaron que aquello no estaba en manos de la oficina. Cuando le pregunté de nuevo sobre el tema al director del PNG de Isabela me contestó que, como cualquier otro ciudadano, ellos pueden presentar su propuesta siguiendo el requerimiento de hacerlo formalmente, acercarse a conversar sin un documento estructurado no se puede considerar como aquello. El portal de compras públicas también fue

mencionado, como mecanismo ciego en el cual todo el que desee puede postular a procesos abiertos.

La alusión al debido proceso, así como a los lineamientos preestablecidos por el Estado es una manera de profundizar la escisión entre el movimiento de los cazadores en el territorio con los objetivos del parque sobre él. Además, nos recuerda con la sola mención casual del portal de compras públicas, que uno de los poderes políticamente establecidos del Estado es la de decidir los términos en los que se colabora, particularmente si la agrupación que lo desea esta supeditada o es externa a él. El relacionamiento y la tensión entre ambos, puesto que Antonio también manifestó irritación ante el recibimiento y “la mezquindad” del parque para trabajar con ellos, no puede estar mas explicitada. Y, sin embargo, es curioso también notar que cuando se habla de la contraparte no hay mención directa de un nombre sino de la institución o práctica a la que se adscriben. Como si en el caso de los cazadores descontentos, decir que es el parque y no Leonardo, el director en la isla, desviara la molestia hacia la institución desasociándola del sujeto. Esta observación en torno a la manera de relacionamiento se solidificó cuando pregunté sobre los controles in situ de la que son sujetos los cazadores al ingresar al territorio del Parque. Es el PNG el que los somete a la molestia, los que no entienden la práctica de prestarse los perros y que quieren imponer las zonificaciones a su práctica. La relación, en cambio, que tienen con los funcionarios – que muchas veces son amigos y familias – no se contamina al menos en la enunciación.

Es justo, en esos momentos del relato, en el que me parecía que el Estado es realmente un ente aparte. Una unidad orgánica que era más que las personas que lo conformaban y que los cazadores tenían plena conciencia de esto. Al igual que ciertos funcionarios, y es que Vladimir también repetía constantemente que los cazadores trataban de no meterlo en problemas y que muchas veces los había tenido defendiéndolo ante un ciudadano descontento cuando estaba cumpliendo su labor. “Hay algunos que son conscientes, que le dicen a la gente que no se ponga difícil porque al final uno solo está cumpliendo su trabajo” agregó durante nuestra conversación (notas de campo, Puerto Villamil, 6 de abril de 2023). Como habitante de las islas, manifestó que cree que la prohibición que existe de ir a ciertos lugares afecta a las personas. “No hay nada que hacer, antes se podía coger una lanchita e ir a hacer un picnic en la lobería. Ahora ya no se puede” se lamentó conmigo, y agregó que cree que a pesar de que siempre existen los

insatisfechos, la gran mayoría al final accede a las normas impuestas (notas de campo, Puerto Villamil, 6 de abril de 2023).

Esta opinión, sin embargo, no es compartida por todos los funcionarios del Parque Nacional. Existen algunos que demandan que la institución mas bien imponga más controles sobre el territorio y utilice las nuevas tecnologías a su favor. “La operación de control del parque se debería tecnificar más, si nos mandan a patrullar en la noche por ejemplo que nos den binoculares con visión nocturna. Así sería más sencillo ver a los cazadores en las zonas que no deberían estar” declaró Javier en una de nuestras conversaciones (notas de campo, Puerto Villamil, 28 de febrero de 2023). Su posición, como alguien externo a la isla pero que ha vivido cerca de 10 años en ella, es que los cazadores, particularmente, no valoran la importancia de las islas a nivel global. Me manifestó que cree que se debería prohibir de lleno el ingreso al territorio del parque por parte de estos sujetos. “Esa zona no debería estar en contacto con las personas, se ve contaminado por la presencia de ellos. Hacen sus necesidades por todas partes, cuando le quitan los órganos a los animales los tiran por ahí. Ni siquiera lo entierran, no siguen ninguna norma de salubridad ni nada por el estilo” expresó con contundencia (notas de campo, Puerto Villamil, 2 de marzo de 2023).

El énfasis que puso, reiteradas veces, en la contaminación y la salubridad que se debería mantener al ingresar en el parque no solo emula los procedimientos estatales de ordenamiento y esteticismo. El territorio, el paisaje, es adecuado solamente de lejos y sin contacto. No obstante, bajo este mismo principio, si algún tipo de contacto debe ser realizado este debe tener una razón específica y respetar un protocolo. Como si de un laboratorio se tratara, en el que se debe evitar al máximo la posibilidad de contaminación. En este caso concreto, al ser un laboratorio natural, reconocido a nivel global, es la degradación ambiental lo que debe ser mantenido a raya. Esta visión, que como se ha mencionado previamente, tiene una herencia occidental clara en el modelo de parques nacionales, pero también en la percepción pictórica de la naturaleza, se filtra en el discurso de un funcionario que además ha tenido conflictos directos con los cazadores, cuya percepción de este mismo paisaje natural se desmarca parcialmente de lo que alguien como Javier sostiene.

Esta percepción del paisaje, sin embargo, comparte un mismo núcleo pictórico que sin embargo no se expresa en conflicto con el deambular que se ejerce en él; y que fue expresado

espléndidamente por Gabriela, quien defiende a la actividad como un pasatiempo para ella, pero también como una forma de vida y subsistencia. “Cuando tu estas por ahí, y en este caso solo estoy hablando de la pica que es bastante cercano...y ves ese paisaje, mientras andas, ves la vegetación y de fondo el mar. Todo este lado de acá. No hay nada más hermoso. Tú vas a caballo con los perros atrás. Luego, después de un rato ves que se adelantan y desaparecen porque han cogido el aroma. Tienes que estar atenta al sonido. Apenas empiezan a ladrar, o si escuchas también un chillido de puerco. Tienes rápido que bajarte e ir hacia allá” me manifestó (notas de campo, Puerto Villamil, 30 de marzo de 2023). Esta descripción, y la imagen que evoca, denota un aprecio que no solo responde a la actividad cinegética por si sola, sino también al lugar en el que se lo practica.

La relación que existe entre los funcionarios de la oficina técnica del PNG en Isabela y los cazadores de la isla contiene complejidades características no solo de una comunidad pequeña en la que muchos están emparentados, sino también una lectura particular del rol de las instituciones de conservación y el Estado. La presencia que existe del componente estatal, tanto en los relatos enunciados como en las conversaciones mantenidas, es casi palpable. Las prohibiciones están claras para aquellos que practican la actividad cinegética, y las negociaciones alrededor de ellas, así como la medición de afectaciones en torno a su persona como a su familia es constantemente realizada. Todos los días, en los relatos y comentarios, así como en el andar físico por el pueblo se puede percibir la escisión entre aquello que es considerado paisaje natural y aquello que es considerado meramente humano. Esta tangibilización de la separación, así como las noticias constantes en torno a los lugares donde ya no se puede ir, provoca una reacción de tedio entre los habitantes más antiguos. Una reacción que en ciertos individuos se torna contestataria, y en otros solo se presenta como un fastidio complaciente. Pero que directa o indirectamente produce una segmentación entre la adscripción previa y actual al paisaje, uno que ya muchos no pueden imaginar y mucho menos visitar.

Conclusiones

La relación con las presas que los cazadores relataron denota una profundidad que no puede ser simplificada bajo una aproximación utilitaria. La mayor parte de las historias que me fueron transmitidas sobre viajes de caza ni siquiera aludían a la muerte del animal, sino sobre la exploración constante del paisaje y el proceso de encontrar y seguir un rastro. La participación activa de los perros, la audacia de la presa, la incomodidad de los espinos, así como el movimiento y la acción de enlazar, segundear y trampear fue lo que más se destacó en las conversaciones mantenidas. Este enfoque para presentar la actividad de la caza alejada de su caracterización institucional como mecanismo de control de los animales introducidos, denota un nivel de apreciación y respeto que no parece ser del todo comprendido por parte del Parque Nacional.

El reclamo, por parte de la institución de conservación, ante el hecho de que los cazadores no matan a las hembras y la crías es basado en hechos fácticos. Sin embargo, queda por fuera su visión las razones que estos sujetos tienen para decidir este comportamiento en torno a las presas. La práctica de la caza, el conocimiento e involucramiento que implica mantener con la fauna cinegética escogida; el entender su comportamiento, saber su dieta, conocer sus horarios de sueño, así como sus movimientos y sagacidad genera una implicación emocional y corporal que no puede ser fácilmente comprendida en los parámetros estatales. Una que, no obstante, es explícita en los relatos que remarcan las veces que han sido vencidos por sus contrapartes animales.

La narración de esta misma clase de historia enuncia, también, la oscilación que existe en la posición de la presa durante el proceso cinegético. El hecho de conocer a la presa y considerarla inicialmente como un animal/bestia, puede transfigurarse in situ y posibilitar que el cazador perciba al ser que tiene en frente como capaz de inteligencia e ingenio casi humano. La remarcación de Pablo, que cuenta como el chancho lo engañó e hizo caer en una grieta es solo una de las historias que remarcaron casi con admiración como estos animales son dignos de su posición como adversarios. Así mismo, la existencia de seres sobrehumanos transformados en una presa no solo denota un punto en común con otras comunidades cinegéticas que ansían en el

mismo grado en que temen encontrarse con un animal arquetípico, sino que también indexan una capa más sobre las consideraciones que hay en los lugares de caza.

Estos lugares, a los que ellos mismos les han otorgado un nombre durante su andar, fueron caracterizados más que nada como paisajes en constante cambio. La naturaleza paisajística, que en muchas circunstancias se me presentó como inimaginable por falta de referencia, me llevó a la realización de que es imperativo estar ahí presencialmente para aprehender un lugar y formar lazos con él. La mención constante de como la montaña se está cerrando a causa de la mora, al igual que la tristeza expresada por la pérdida de caminos y fuentes de agua que antes frecuentaban contrasta con los relatos que se siguen transmitiendo sobre estos mismos lugares. Unos que, sin embargo, para sujetos como Gabriela se van oscureciendo dado que ya no puede acceder a todos los puntos de referencia que su padre y abuelo tenían durante su andar.

El énfasis puesto en el cierre de la montaña es así mismo interesante cuando también se menciona que esto no es un problema para especies como el chanco arisco. Quien forma túneles entre las enredaderas y arbustos en los que se mueve con facilidad. El avance de este animal es causa de preocupación por parte del parque, quien dice no contar con los implementos tecnológicos ni el personal necesario para lidiar ni con la actividad cinegética fuera de los lugares permitidos ni con especies como esta adaptadas a este medio en que los humanos no pueden desplazarse con facilidad. Fuera de la implicación que tiene en torno al control y tecnificación de la actividad estatal demanda tener para lidiar con animales que considera un peligro para los esfuerzos del Estado. Es fascinante también remarcar como la convivencia de animales endémicos e introducidos es representada.

La lectura del peligro que representan unos a otros se ve matizada cuando es observada directamente en el campo. La mención de como parece que no se molestan entre ellos, al ver un espécimen de tortuga gigante a lado de una vaca en Caleta Iguana reduce, al menos momentáneamente, la contienda percibida entre ambas especies por sobrevivir según los informes técnicos del PNG. Una que, si se interpreta narrativamente, se conecta con la caracterización que se hace de los chivos por parte de los cazadores a raíz del Proyecto Isabela, pero que posiblemente se ha venido construyendo desde mucho antes. Un paralelismo en torno a la posición de las cabras y las personas, que no solo añade profundidad a la relación que tienen con esta especie/presa a la que han cazado, consumido e incluso criado por ciertos periodos. Sino

que también sugiere la potencialidad, no del todo irreal, de que sean ellos mismos como humanos los clasificados como especie introducida e invasora.

Es a raíz de estas contemplaciones expuestas, además de ciertas apropiaciones realizadas por parte del PNG, las que enturbian definitivamente las relaciones con el Estado. El uso previo del sendero de los humedales por parte de los cazadores como segunda vía de acceso a la playa antes de la creación del parque, y la actual prohibición de su uso por parte de los cazadores, ha generado enfrentamientos que llevan a la remarcación de la adscripción hacia la isla y el lugar. El relato de la caza como una practica cultural, que inició como una fuente de subsistencia pero que a su vez generó dinámicas de comunidad fue realizado por mis interlocutores. Un relato que no es del todo reconocido por parte del parque, quien sostiene que la practica cinegética de las islas no es ancestral ni tampoco cultural.

El parque nacional, sin embargo, si ha absorbido figuras particulares como las de Jacinto Gordillo, Arnaldo Tupiza y Pedro Cartagena. Sujetos que estuvieron involucrados en los inicios de la actividad conservacionista de la mano de la UNESCO para luego sumarse a las líneas del parque y que practicaban también la actividad cinegética regularmente. El uso de las denominaciones vernáculas de los lugares dentro de los permisos de caza y para los monitoreos de los funcionarios, demuestra que la institución estatal solo reconoce lo que no entra en conflicto directo con su actividad. Apropiándose no solo de las maneras locales de aprehender el territorio y la naturaleza a su conveniencia, sino también eliminando aquello que potencialmente podría ser conflictivo de sujetos que abiertamente quisieron colaborar con su actividad.

Las regulaciones y permisos requeridos a los cazadores desde la fundación del parque se han venido incrementando al igual que las prohibiciones de acceso a diferentes lugares. Sin embargo, una de las preocupaciones más verbalizadas por parte de los funcionarios ha sido la imposibilidad de saber en que parte del territorio se encuentran los cazadores y si verdaderamente respetan las zonas designadas para su actividad extractiva. Esta insistencia en torno a la falta de visibilidad y control con respecto a los cuerpos que ingresan en el parque, indica como el Estado logra hacer coincidir sus objetivos de preservación ambiental con la necesidad de vigilancia permanente de sus súbditos y el ansia por controlar sus movimientos. La potencial penalización que existe es un mero recordatorio para los sujetos de que es la institución estatal la que tiene capacidad de discreción sobre quien merece ser sentenciado y quien no.

Y, sin embargo, es curioso notar que tanto cuando los funcionarios hablaban de los cazadores -a quienes conocían por nombre y apellidos- así como cuando los cazadores hablaban de las molestias con el parque no había mención directa de un individuo concreto sino de la institución o práctica a la que se adscribía su contraparte. Como si en el caso de los cazadores descontentos, decir que es el parque y no Leonardo, quien lleva ocupando la dirección técnica de la isla alrededor de 10 años, desviara la molestia hacia la institución desasociándola del sujeto. Es justo, en esos momentos del relato, en el que me parecía que el Estado realmente es un ente aparte. Una unidad orgánica que es más que las personas que lo conformaban y que los cazadores tenían plena conciencia de esto. Al igual que ciertos funcionarios. El hecho de que Puerto Villamil es una comunidad pequeña en la que muchos de sus habitantes están emparentados, no se debe dejar de tomar en cuenta dentro de esta lectura. Sobre todo, cuando tomamos en cuenta que el componente estatal es casi palpable en los relatos relacionados a la caza. Las prohibiciones en torno a la actividad cinegética no son desconocidas por los sujetos que la practican, sin embargo, están en constante negociación sobre ellas. Al igual que el ejercicio constante de medición sobre las afectaciones que tanto su persona como su familia tendrían que enfrentar si se llega a descubrir su incumplimiento por parte del Estado.

Referencias

- Abrams, Philip, Akhil Gupta, y Timothy Mitchell. 2015. *Antropología del Estado*. México DF: FCE - Fondo de Cultura Económica.
- Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Andión, Patxi. 2003. *La Caza Racional*. La Mancha: Ediciones de la Universidad de Castilla.
- Blanco, Mercedes. 2012. “¿Autobiografía o Autoetnografía?” *Desacatos* enero-abril (38): 169–78.
- Bocci, Paolo. 2017. “Tangles of Care: Killing Goats to Save Tortoises on the Galápagos Islands”. *Cultural Anthropology* 32 (3): 424–49. <https://doi.org/10.14506/ca32.3.08>.
- . 2020. “Utopian Conservation: Scientific Humanism, Evolution, and Island Imaginaries on the Galapagos Islands”. *Science, Technology, & Human Values* 45 (6): 1168–94. <https://doi.org/10.1177/0162243919889135>.
- Cronon, William. 1992. “A place for stories: Nature, History and Narrative”. *The Journal of American History*, núm. March.
- . 1996. “The Trouble with Wilderness: Or, Getting Back to the Wrong Nature”. *Environmental History* 1 (1): 7–28.
- Davis, Jeffrey Sasha. 2007. “Scales of Eden: Conservation and Pristine Devastation on Bikini Atoll”. *Environment and Planning D: Society and Space* 25 (2): 213–35. <https://doi.org/10.1068/d1405>.
- Descola, Philippe, Gísli Pálsson, Tim Ingold, Alf Hornborg, y R. F. Ellen, eds. 2001. *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*. 1. ed. Ambiente y democracia. México, D.F: Siglo Veintiuno Ed.
- Dickens, David. 1994. “Ethnographic Trends in the Postmodern Era”. En *Postmodernism and Social Inquiry*, 203–23. New York: The Guilford Press.
- Durkheim, Emile. 2001. “¿Qué es un hecho social?” En *Las reglas del método sociológico*, Primera Edición, 35–90. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Ellis, Caroline, y Arthur Boschner. 1996. *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*. Vol. 1. California: Altamira Press.
- Flannery, Regina. 1946. “The culture of the northeastern Indian hunters: a descriptive survey.” *Papers of the Robert Peabody Foundation for Archaeology*, núm. 3: 263–67.
- Foucault, Michel. 2001. *Defender la Sociedad*. 2da ed. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- . 2002. *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Garrido, Roberto Sánchez. 2009. “La caza desde la antropología social y cultural: Una aproximación al estado de la cuestión”. *Revista de Antropología Experimental*, núm. 9: 191–205.
- Guber, Rosana. 2012. *La etnografía: método, campo y reflexividad*. 1a ed. Mínima. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Hell, Bertrand. 2001. “Cazadores Rabiosos. El dominio del salvajismo en el noroeste de Europa”. En *Naturaleza y Sociedad: Perspectivas Antropológicas*, 237–55. México DF: Siglo Veintiuno Editores.
- Hennessy, Elizabeth. 2011. “Nature’s Eden? The Production and Effects of ‘Pristine’ Nature in the Galápagos Islands.” *Island Studies Journal* 6 (2): 131–56.
- . 2017. “Mythologizing ‘Darwin’s’ Islands”. En *Darwin, Darwinism and the Conservation in the Galapagos Islands*. Springer.

- . 2018. “The Politics of a Natural Laboratory: Claiming Territory and Governing Life in the Galápagos Islands”. *Social Studies of Science* 48 (4): 483–506. <https://doi.org/10.1177/0306312718788179>.
- . 2019. *On the back of Tortoise: Darwin, the Galápagos and the fate of an Evolutionary Eden*. New Haven: YALE University Press.
- Ingold, Tim. 2011a. *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. London: Routledge.
- . 2011b. *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. London: Routledge. <http://archive.org/details/perceptionofenvi0000ingo>.
- . 2015. *Líneas: una breve historia*. Barcelona: Gedisa.
- . 2017. “¿Suficiente con la etnografía!” *Revista Colombiana de Antropología* 53 (2): 143. <https://doi.org/10.22380/2539472X.120>.
- Ingold, Tim, y Gisli Palsson. 2013. *Biosocial Becomings: Integrating Social and Biological Anthropology*. 1a ed. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ingold, Tim, y Jo Lee Vergunst, eds. 2008. *Ways of Walking: Ethnography and Practice on Foot*. Anthropological Studies of Creativity and Perception. Aldershot: Ashgate.
- Jiménez de Madariaga, Celeste. 2005. “Ritos y Mitos en torno a la caza”. En *Los animales: del mito al rito*. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional Ángel Carril.
- Krupa, Christopher, y Mercedes Prieto. 2015. “Corpus Mysticum estatal o ¿cómo podemos pensar el estado en América Latina hoy?” *Íconos*, núm. 52 (mayo): 11–17.
- Lambert, Kirby. 1996. “The Lure of the Parks”. *Montana The Magazine of Western History* 46 (1): 42–55.
- Lee, Richard B., y Richard Daly. 2004. *The Cambridge Encyclopedia Of Hunters And Gatherers*. Cambridge University Press. <http://archive.org/details/LEERichardBDALYRichard.TheCambridgeEncyclopediaOfHuntersAndGatherers.CambridgeUniversityPress>.
- Lee, Richard B., y Irvén DeVore, eds. 1968. *Man the Hunter*. 2nd print. New Brunswick London: Aldine Transaction.
- Marshall, Lorna. 1960. “!Kung Bushman bands.” *Africa*, núm. 30: 325–55.
- Meggers, Betty, y Evans Clifford. 1956. “The reconstruction of settlement pattern in the South American tropical forest.” *Viking Fund Publications in Anthropology*, núm. 23: 156–64.
- Nadasdy, Paul. 2007. “The gift in the animal: the ontology of hunting and human-animal sociality”. *American Ethnologist* 34 (1): 25–43.
- Nash, Roderick. 1970. “The American Invention of National Parks”. *American Quarterly* 22 (3): 726–35.
- Olwig, Kenneth. 2019. *The meaning of Landscape*. London: Routledge.
- Poole, Deborah, y Veena Das. 2004. “El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas”. *Cuadernos de Antropología Social*, 2004.
- Portelli, Alessandro. s/f. “A Dialogical Relationship. An Approach to Oral History.” Consultado el 7 de abril de 2022.
- Pujadas, Joan. 2000. “El método biográfico y los géneros de la memoria.” *Revista de Antropología Social*, 2000 9 (enero). https://doi.org/10.5209/rev_RASO.2000.v9.10813.
- Rappaport, Roy A. 1984. *Pigs for the Ancestors: Ritual in the Ecology of a New Guinea People*. New Haven: YALE University Press. <http://archive.org/details/pigsforancestors00rapp>.
- Sánchez Garrido, Roberto. 2005. “Percepción y rentabilidad cinegética: la hipótesis del ‘verdadero ecologista’”. *Periferia*, núm. 7.

- . 2006. “De caza y cazadores. Las construcciones teóricas sobre la actividad cinegética actual a partir de los discursos de sus actores”. *Gazeta de Antropología* 22.
- . 2009. “Percepción medioambiental y actividad cinegética”. *Gazeta de Antropología* 25 (1).
- . 2014. “La caza como tema de estudio desde la antropología Ambiental”. En *Antropología Ambiental. Estado de la cuestión y retos futuros*. Tarragona: Periferias, Fronteras y Diálogos.
- Scott, James. 2020. *Seeing like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: YALE University Press.
- “Sistema de Zonificación de las áreas protegidas de Galápagos”. 2016. Acuerdo Ministerial Nro. 26. Quito, Ecuador: Ministerio de Ambiente.
- Speck, Frank, y Eiseley Loren. 1939. “The significance of hunting territory systems of the Algonkian in social theory.” *American Anthropologist*, núm. 41: 269–80.
- Taussig, Michael. 1995. “Maleficium: El fetichismo del Estado”. En *Un gigante en convulsiones: El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*, 144–80. Barcelona, España: Editorial Gedisa S.A.
- Tyrrell, Ian. 2012. “America’s National Parks: The Transnational Creation of National Space in the Progressive Era”. *Journal of American Studies* 46 (1): 1–21.
- Weber, Max. 1994. *Political Writings*. Editado por Peter Lassman y Ronan Speirs. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weiner, Douglas. 1992. “Demythologizing Environmentalism”. *Journal of the History of Biology* 25 (3): 385–411.
- Zurita, Sebastián. 2022. “Cacería y extinción de las tortugas gigantes de Isabela”. *Periodismo de Investigación* (blog). el 24 de agosto de 2022. <https://periodismodeinvestigacion.com/2022/08/24/caceria-y-extincion-de-las-tortugas-gigantes-de-isabela/>.